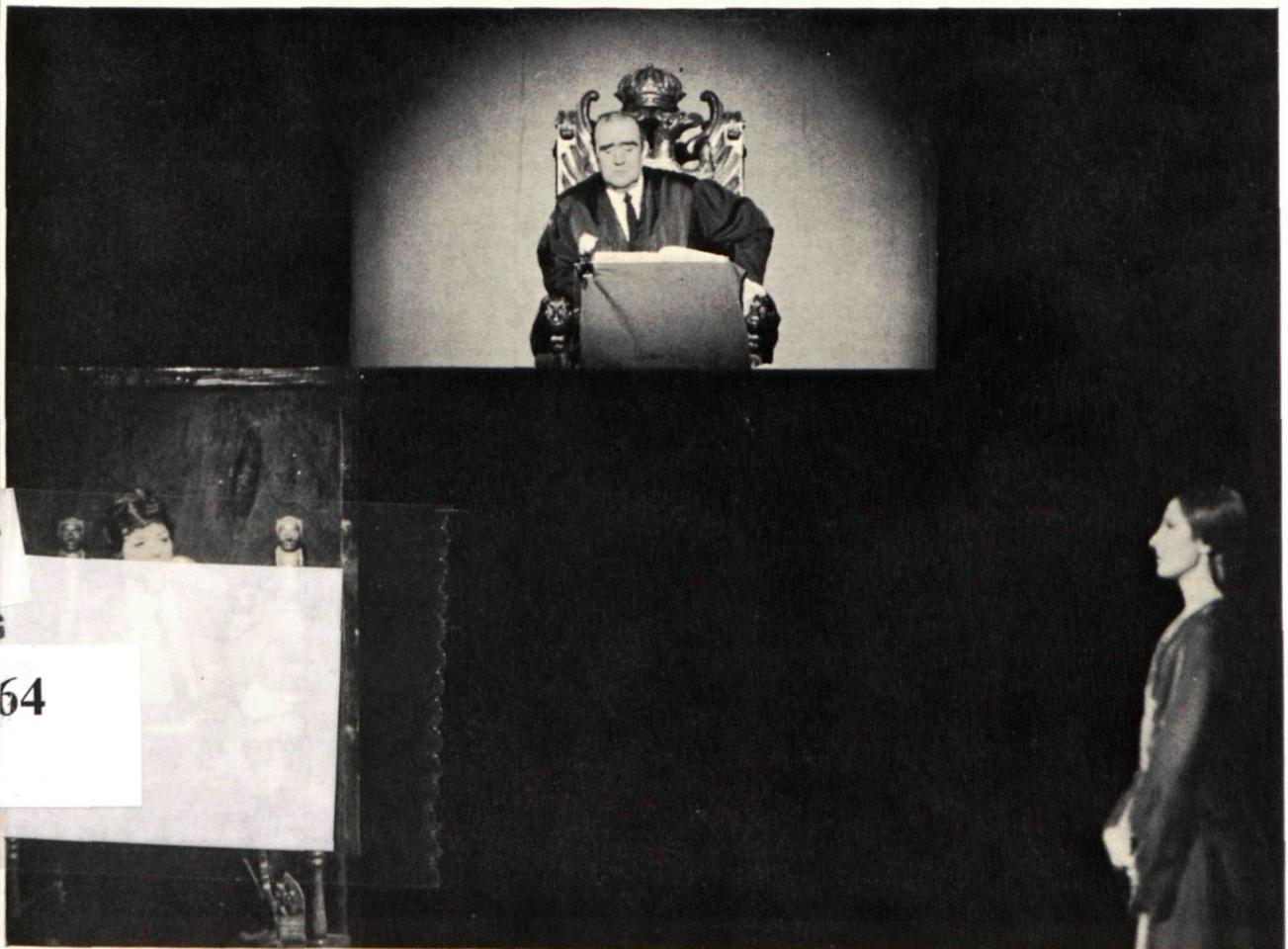


M.^a Teresa Prats de Laplace

PROCESO AL SIGLO XX



ensayo dramático



AUTOCRITICA

“PROCESO AL SIGLO XX” fue escrita en 1962. Aunque en varias ocasiones estuvo a punto de representarse, no lo fue debido a las dificultades que supone el conseguir tan crecido número de intérpretes. Al revisarla para su estreno, pensé que la obra se reseraría de estos años que tanto han contado en la evolución de mentalidades y situaciones socio-políticas y que debía retocarla y posiblemente ampliarla. No me decidí a hacerlo pues temí caer en la fácil anécdota de lo más cercano, perdiendo la visión de conjunto que el abarcar casi un siglo requiere.

Procesar con objetividad y justicia a nuestro tiempo —ese personaje que todos hemos contribuido a crear— es una empresa que forzosamente ha de quedar muy por debajo de nuestra ambición, limitada al estrecho círculo de los problemas inherentes a nuestra mentalidad y cultura. Otro enfoque podría darnos otra visión distinta, tanto de los cargos que contra el acusado se presentan, como de las conclusiones del defensor, pero unos y otras son mi propia visión, encerrada en las limitaciones de mi individualidad y de mis circunstancias. Es esta visión la que, honradamente, someto al juicio de ustedes.

(Continúa en la solapa posterior)

DONACIÓN
Juan Pulido
Castro

Para los Des. de Pulido Castro, a cuyo
generosa amistad tanto debe la repre-
sentación de este día.

Muy cordialmente

Si: Juan Prieto de Laplace

Las Palmas 5-XIV-74

PROCESO AL SIGLO XX

Ensayo dramático, dividido en:
PROLOGO, 7 ESCENAS Y EPILOGO

Original de
M.^a Teresa Prats de Laplace



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

ST

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>1064</u>
N.º Copia <u>791939</u>

Esta obra se estrenó en el Teatro “Pérez Galdós”, de Las Palmas de Gran Canaria, el día 13 de diciembre de 1973.

Las representaciones fueron patrocinadas por el Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, el Excelentísimo Ayuntamiento de Las Palmas y la Caja insular de Ahorros de G. C.

Depósito legal: B. 42.333 - 1974

ISBN: 84-400-0922-4

1974. - Ariel, S. A. - Av. J. Antonio, 134-138, Espingues de Liebrogat

REPARTO

por orden de intervención

UJIER	Roque Caballero
FISCAL	Pilar Alonso
JUEZ	Antonio Vázquez
1.ª VOZ (desde el público)	José Suárez
2.ª VOZ (id)	José Batista
DAMA	M.ª del Carmen Gutiérrez
CAPITÁN	Juan Alberto Díaz
INGLÉS	José Batista
ALEMÁN	Higinio Rayo
RUSO	Rafael Rivero
GUERRA	Inmaculada Quiney
SABIO	Paco del Barco
MUCHACHO 1.º	Rosendo Mendoza
MUCHACHO 2.º	Ervigio Díaz
MUCHACHO 3.º	José Manuel Ojeda
HELGA	Cristina Rodríguez
NAZI	Victor Millán
NEGRO	Francisco Kraus
LUDWIG	Higinio Rayo
CARDENAL	José Manuel Fernández
COMUNISTA 1.º	José Guijarro
COMUNISTA 2.º	Cruz Rodríguez
OBRERO	José González
FUNCIONARIO	Raimundo Gutiérrez
GAMBERRO	Ervigio Díaz
DEFENSOR	CHARLES QUINEY

“Espiritual Negro”, interpretado por FRANCISCO KRAUS, acompañado a la guitarra por EFRÉN CASAÑAS.

Dirección: CHARLES QUINEY

Montaje: Ricardo Lezcano

Decorados: Santiago Santana

Traspunte: Aurora Bonal.

Luminotecnia: José Daniel Santana.

Montaje Musical y

Efectos: Juan Acosta.

Jefe de Tramoya: Agustín Suárez.

Jefe de Carpintería: José Melián.

Dibujos: Paco del Barco.

Vestuario: Lorenzo Gutiérrez.

Modista: Garita.

Peluquería: Salón Loto.

Flores: Los Nopales.

que, de un modo u otro, pueden dar fe de su culpabilidad o de su inocencia? Les ruego, Señores, que escuchen a los testigos con espíritu abierto y honradez de intención, procurando que la parte de responsabilidad que a cada uno incumbe no les nuble el juicio ni tuerza la justicia de su veredicto. Anticipadamente debo excusarme por la forzosa limitación de los testigos que se presentan. Quizás otros distintos nos dieran, del acusado, distinta imagen. Esta limitación, que trágicamente sella todo lo humano, es la que marca también a la justicia de los hombres. Por ello, recomiendo a los Señores Jurados que se guarden de emitir un veredicto absoluto, y les ruego recuerden que la opinión que a través de los testigos se formen del acusado no será siempre más que una parte de la verdad. (*Pausa.*) No hemos nombrado abogado defensor porque no se trata aquí de salvar la vida ni la honra del acusado con meras razones legales o ejerciendo una presión más o menos legítima sobre los sentimientos de ustedes. Se trata de un examen de conciencia que hemos de hacer entre todos. Por eso, una vez escuchada la Acusación y, si la hubiere, la Defensa, el Jurado deliberará acerca del veredicto de culpabilidad o inocencia a que dé lugar el conocimiento de los delitos de que se acusa al Siglo XX. Ruego al Ministerio Fiscal que lea la Lista de Cargos.

FISCAL. — Con la Venia. Señoría... Señores Jurados... Los cargos que pesan sobre el acusado son los siguientes: Se acusa al Siglo XX de lesa humanidad en todos sus grados y bajo todas sus formas: desde la inconciencia al genocidio. Se le acusa de haber hecho del Hombre un ser deshumanizado, egoísta y duro. Un ser degradado y cruel...

1.ª Voz. — Es verdad lo que dice el Fiscal. Soy testigo...

JUEZ. — Silencio. Silencio. Si tiene usted algo que atestiguar, se le llamará a su tiempo. Ahora ruego que se limiten a escuchar los cargos. Puede seguir el Ministerio Fiscal.

FISCAL. — Se el acusa de expoliación y de robo con fraude a escala de pueblos enteros; del escándalo intolerable que es la carrera de armamentos, cuando el Tercer Mundo está muriendo de hambre; de asesinatos en masa; de criminales racismos. Se le

acusa de haber traicionado la ciencia sirviéndose de ella para sembrar el terror y la muerte. Se le acusa de olvido y desprecio de la Ley moral y el honor; de haber defraudado a la Juventud, abocándola al cinismo y a la rebeldía, al escepticismo y a la angustia...

1.ª Voz. — ¡Sí, señor! La Juventud no puede hoy...

JUEZ. — Orden. Orden en la Sala o me veré obligado a expulsar a quien interrumpa.

FISCAL. — ... se acusa al Siglo XX de haber atentado contra la integridad de la personalidad humana; de haber entronizado el materialismo y la tiranía en nombre de los ideales y de la libertad; de haber esclavizado y sometido las conciencias, acallando los imperativos de la Libertad y la Justicia... Se le acusa, por fin, y ante todo, de una aberrante subversión de valores que ha llevado la confusión a las mentes y ha extraviado en grave modo la conducta de los hombres. He terminado, Señoría. (*Se sienta.*)

ESCENA PRIMERA

JUEZ. — Que pase el primer testigo de la acusación.

UJIER. — Testigo primero.

(Entra una señora anciana, vestida como lo hubiese ido a los veinte años, hacia 1910, al estilo "belle époque". El UJIER la acompaña hasta el lugar destinado a los testigos.)

JUEZ. — Levante la mano derecha y preste juramento.

DAMA. — Juro por Dios Todopoderoso decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

JUEZ. — Puede usted sentarse. El Ministerio Fiscal tiene la palabra.

FISCAL. — Díganos, Señora, ¿cómo era el acusado cuando usted lo conoció?

DAMA. — ¿Cuando yo lo conocí? De eso hace ya mucho tiempo... pero no he podido olvidarlo. Fue en mi juventud... ¡Qué hermosa época aquella!... *La belle époque*... *La belle époque* llaman ustedes a aquellos tiempos... ¡Y sí que lo fue! Se vivía para el amor y la belleza. Nunca más ha vuelto a ser lo mismo... Todo era alegría y despreocupación... Se hablaba, sí, de muchas cosas..., pero sólo eran ideas brillantes entre las vueltas de un vals... ¿Por qué será que las gentes empezaron a querer materializar sus ideas? De ahí... De ahí vinieron todos los males... El Honor... la Gloria... la Guerra... eran bellas palabras todavía. Libertad... Progreso... Revolución... ¡No podíamos entonces sospechar lo que se haría con todo ello!... Nuestro tiempo

le sonreía a nuestra juventud y no nos dábamos cuenta de hasta qué punto iba a cambiar el mundo. Era hacia 1910... El vals conservaba todavía el picante atractivo del escándalo...

(Empieza a oírse la música de un vals de la época. La DAMA se levanta y se queda escuchando. Se apaga la luz y se sigue oyendo más fuerte el vals, mientras se ilumina la parte izquierda del escenario —en caso de no ser un escenario giratorio— para la escena retrospectiva: un salón de la época. La DAMA es ahora una joven que baila con un apuesto oficial francés. En su atuendo sólo ha cambiado el maquillaje y el pelo. Al fondo, una ancha puerta sobre otro salón, desde donde llega el sonido de la música y rumores de voces y risas. Junto a la puerta, dos hombres jóvenes hablando: un inglés y un militar alemán. La DAMA y el CAPITÁN se miran, enamorados. Frases sueltas, entre vuelta y vuelta de vals.)

DAMA. — ¡Qué bello uniforme lucís, Capitán!

CAPITÁN. — Con él espero alcanzar la Gloria y llegar un día a leer el amor en vuestros ojos...

DAMA. — *(Ríe, coqueta.)* Merecedlo, Capitán.

CAPITÁN. — *(Con galante fanfarronería.)* Para ello soy capaz de provocar una guerra... de desafiar al mundo entero...

DAMA. — ¿Por mí o por Francia?

CAPITÁN. — Vos sois mi patria y Francia tiene vuestros ojos.

(Ella se ríe, cesa la música, quedan todavía un momento enlazados y ella se suelta, arrastrándole por la mano al salón del fondo. Reverencias del INGLÉS y del ALEMÁN que se adelantan para dejarles paso, quedando así más cerca del público.)

INGLÉS. — Como le iba diciendo, no puedo estar de acuerdo con sus ideas. Sin libertad no puede haber progreso económico ni podrá realizarse la revolución industrial.

ALEMÁN. — La libertad no es más que un mito, mi querido amigo. Dentro de unos años no se hablará ya de ella más que como de un dios al cual se sacrificó demasiado. Es en las manos del Estado que han de concentrarse toda la autoridad y todas las fuerzas de una nación.

INGLÉS. — ¡Esto es anular al individuo!

ALEMÁN. — El individuo no es nada frente al Estado. Éste tiene sobre él todos los derechos.

INGLÉS. — ¿No teme usted que estos conceptos puedan paralizar la iniciativa privada a la vez que favorecer el abuso del poder y la inmoralidad de los gobernantes?

ALEMÁN. — La “élite” que rige los destinos de la nación está exenta de toda moral de naturaleza privada. En cuanto al Poder... no se puede hablar de abuso cuando los hombres que lo ostentan pertenecen a esa raza selecta llamaba a gobernar, esa raza superior de la cual han de salir los “señores de la tierra”.

INGLÉS. — ¿El superhombre, quizá?

ALEMÁN. — Exacto: el superhombre. Cuando un hombre es, por naturaleza, superior a los demás, ¿qué importancia tienen para él las leyes? En él se encarnan la Ley y el Poder.

INGLÉS. — ¿Y los súbditos? ¿Cree usted que algún día estarán de acuerdo con esta forma de gobierno tiránico?

ALEMÁN. — Importa sólo que obedezcan...

INGLÉS. — ¿No va usted demasiado lejos?

ALEMÁN. — Hay que llevar siempre nuestras ideas hasta sus últimas consecuencias...

INGLÉS. — No lo conseguirán sin lucha.

ALEMÁN. — De acuerdo. Ha dicho usted la palabra exacta. ¡La lucha! He aquí la única fuerza creadora. Hay que inyectar algo de energía a nuestra sociedad “embrutecida por el humanitarismo”, como dice Sorel. Créame, sólo la violencia puede devol-

vernos esa moral de lo sublime que olvidan las épocas de decadencia...

INGLÉS. — ¿Cómo puede usted hablar de decadencia? Estamos en pleno florecimiento. Las ciencias, la técnica, el arte, la cultura. Nuestra época se recordará en la Historia como una de las más bellas.

ALEMÁN. — La belleza, mi querido amigo, no es atributo de la Historia... Aunque lleve nombre femenino. Son las guerras las que crean la Historia, que estimulan el progreso de los pueblos... La guerra, la violencia, es una necesidad biológica. La gloria militar prusiana es una joya tan preciosa como las obras maestras de nuestros poetas y pensadores.

INGLÉS. — No lograrán ustedes anular las conquistas de la democracia. El solo prestigio de esta palabra...

ALEMÁN. — *(Interrumpiendo.)* ¡Tiene usted razón! El prestigio de esta palabra... Día vendrá en que, bajo la máscara de la democracia, se esconda algo completamente distinto... Los hombres se dejan fácilmente engañar por el brillo de las palabras...

(Durante las últimas frases ha entrado por la puerta del fondo un joven ruso que se ha detenido, escuchando la conversación, pero haciendo como quien contempla un cuadro de la época, colgado de la pared. Se acerca a los dos jóvenes.)

RUSO. — ¿Me permiten? *(Inclinación cortés de los demás.)* He estado oyendo su conversación y *(al alemán)* estoy de acuerdo con usted en que el ímpetu revolucionario es lo único que puede salvarnos. Sólo la violencia del proletariado hará que éste alcance sus objetivos.

INGLÉS. — ¿No usará entonces el capitalismo de las mismas armas?

ALEMÁN. — La violencia del capitalismo, enfrentándose a la del proletariado, le devolverá su vigor y su verdadero rostro. *(Gesto de protesta del Ruso.)*

INGLÉS. — (*Pensativo.*) Violencia... No hablan ustedes más que de violencia. Temo que estas ideas se conviertan algún día en un terrible explosivo, llevando a los hombres a los peores excesos. ¿Desconocen ustedes la terrible fuerza impulsora de las ideas? El germen de la violencia no puede llevar más que a actos de violencia y al enfrentamiento de las clases sociales.

RUSO. — La lucha de clases es inevitable mientras éstas existan. Cuanto más violenta sea la lucha, antes alcanzaremos nuestro objetivo; una sociedad sin clases.

ALEMÁN. — Eso no. Siempre habrá dos categorías: la de quienes mandan y la de quienes obedecen.

RUSO. — Sólo durante el período de transición. Cuando la Revolución del proletariado haya vencido en todos los pueblos, entonces ya no será necesario el Estado. (*Gesto de protesta airada del ALEMÁN*). Pero hasta alcanzar esta meta tenemos que estar dispuestos a todos los sacrificios, e incluso, si es preciso, a cualquier método ilegal, a la violencia... a la mentira...

INGLÉS. — ¿Cree usted que es lícito emplear tales medios?

RUSO. — La justicia del fin justifica todos los medios. Nuestras ideas están basadas en la ciencia del progreso y en la lógica de la Historia, y cuando se realicen...

INGLÉS. — Lo que harían sus ideas, de realizarse, sería acarrear la ruina económica más espantosa.

ALEMÁN. — (*Al INGLÉS.*) Soy de su misma opinión. Las clases sociales son necesarias para la economía de un país, e incluso para su fuerza.

RUSO. — ¿Para su fuerza! (*Irónico.*) ¿No serán más útiles, para la fuerza de la nación, las grandes industrias de armamento en que están interesados los más poderosos capitalistas de su país? Y, en cuanto al Imperio Británico, ¿qué sería de su poderío y de su riqueza, sin la explotación y el mercado de las colonias? Todos ustedes, quién lo duda, están interesados en mantener las clases sociales y el Estado capitalista que les faciliten los mercados para sus respectivos productos. Pero algún día la guerra...

INGLÉS. — Nadie quiere la guerra.

RUSO. — (*Irónico, mirando a los dos.*) ¿De veras?

(*Por la puerta del fondo ha entrado una mujer interesante, atractiva, fría. Ha de ir vestida de negro o de rojo. Traje largo de anchas mangas. Todos la miran con sorpresa. Se dirige al grupo, al que se une también el CAPITÁN, visiblemente interesado.*)

ALEMÁN. — (*Se cuadra, taconeando; luego se inclina y le besa la mano.*) ¡Oh, meine liebe Frau!... Cuánto he deseado este momento. (*Retiene su mano.*)

GUERRA. — (*En voz baja, en un aparte.*) Nuestro encuentro ha de ser fecundo...

ALEMÁN. — Es preciso que hablemos largamente...

GUERRA. — Tendremos muchas ocasiones. (*Retira la mano y la tiende a los demás. Durante la escena, el CAPITÁN se impacienta visiblemente.*)

RUSO. — Camarada. No deseaba encontrarte todavía. Pero ahora que te he visto, sé que la Revolución puede esperar todo de ti.

(*La DAMA, despechada al ver que todos están pendientes de la GUERRA, se retira y se pone a hojear un álbum. Luego se marcha por la puerta del fondo.*)

ALEMÁN. — Todos los bienes están en vuestras manos...

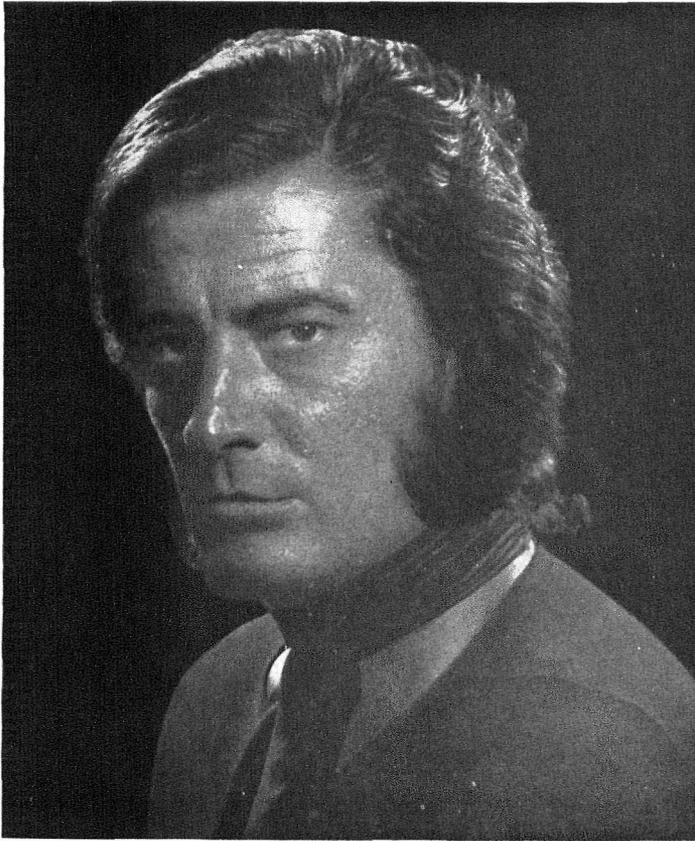
CAPITÁN. — ¡Vos sois la Gloria y el Honor, Madame!

ALEMÁN. — El Poder.

RUSO. — El Progreso.

INGLÉS. — Si es así, yo también os admiro y me inclino ante vos, Milady.

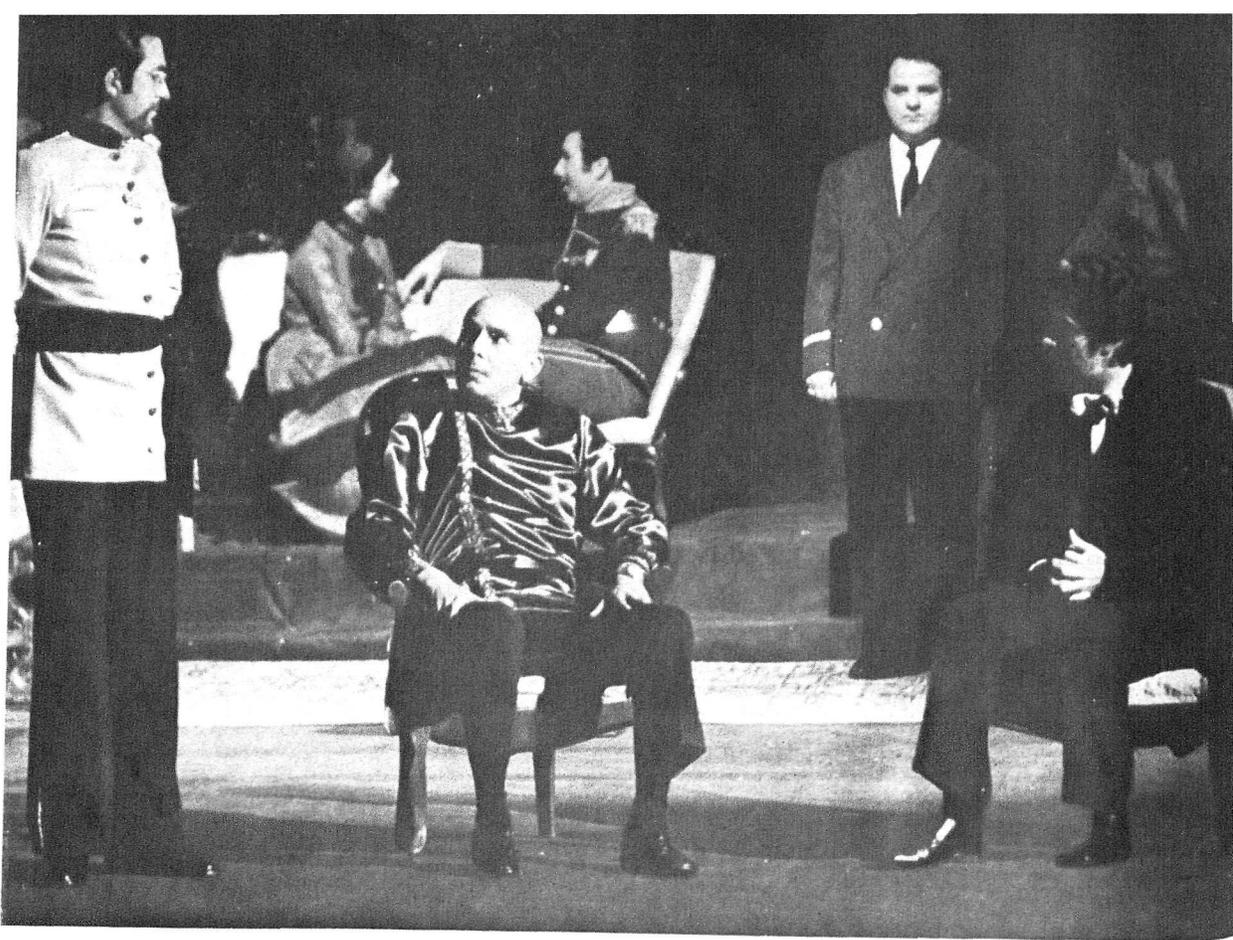
GUERRA. — (*Coqueta.*) Gracias, caballeros... Sabía que íbais a ser mis amigos.



Charles Quiney

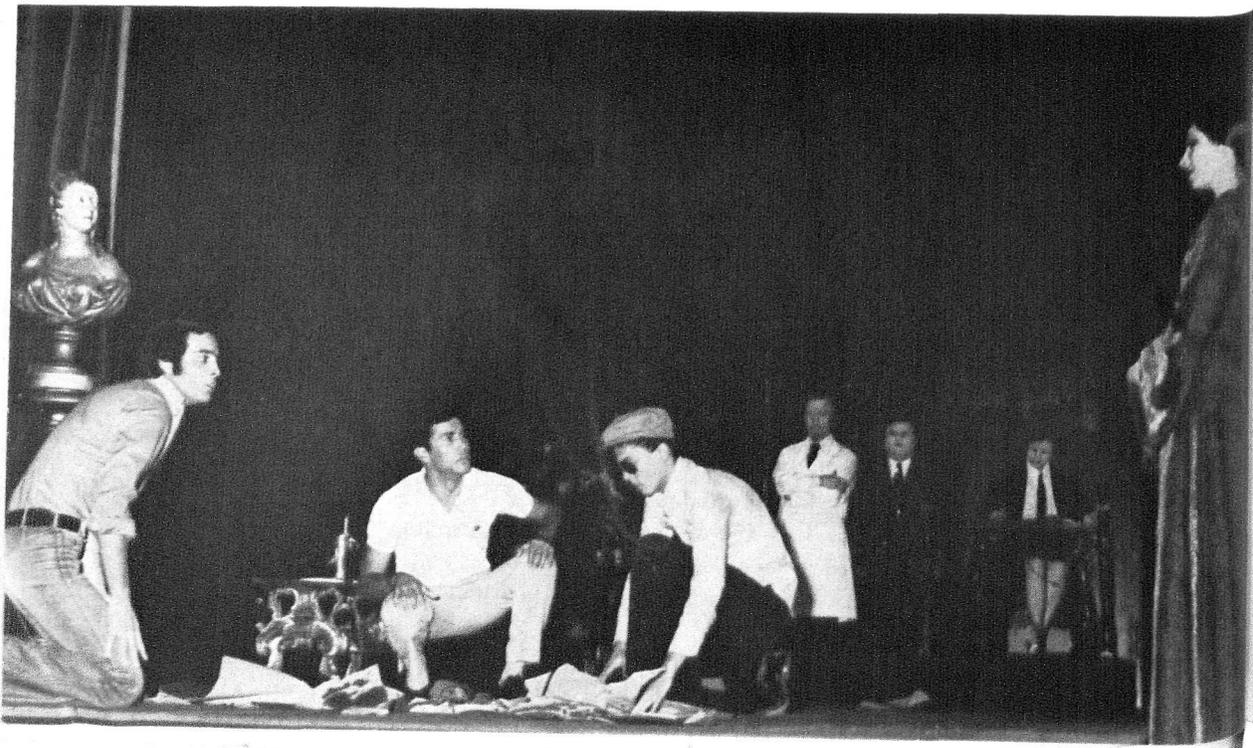
Charles Quiney nace en Las Palmas, iniciando sus primeros pasos en la escena "amateur" bajo la dirección de Pedro Lezcano, dtl Teatro Insular de Cámara del Museo Canario, y de Antonio Cillero, que dirige la C.I.T.E., del Ministerio de Información y Turismo de Las Palmas. Más tarde, respondiendo a su auténtica vocación y tras obtener resonantes éxitos como director teatral, decide marchar a Madrid para estudiar en la Escuela de Arte Dramático y obtener el carnet profesional. Durante algún tiempo trabaja en España, como director una veces y otras como actor en TVE pero el cine le atrae y le absorbe por completo, convirtiéndole en una primerísima figura. Ha protagonizado las siguientes películas: "Comando al Infierno", "Siete heroicas carroñas", "La legión de los condenados", "Consigna: Matar al Comandante en Jefe", "Botín sangriento", "Cuatro desertores", "Plomo sobre Dallas", "Los rebeldes de Arizona", una serie de "El Zorro", otra de "Robin Hood", "El Tigre del Kyber", "Yvanna", "Il castello dalle porte di fuoco", "La muerte busca un hombre", "Ancora dollare per Mac Gregor", "La rebelión de los Bucaneros", "La orgía de los muertos", "Oggi", "Un día después", "El diablo", "Un hombre llamado Perro", "Noche de boda, noche de mortaja", "En el atardecer".

Aprovecha su estancia en Canarias, donde está filmando, para dirigir "Proceso al Siglo xx", interpretando, además, el papel de "Defensor".



ESCENA 1.^a — De izquierda a derecha: Higinio Rayo, Rafael Rivero, José Batista;
al fondo: M.^a del Carmen Gutiérrez, Juan Alberto Díaz, Roque Caballero.

ESCENA 2.^a — Sendo Mendoza, José Manuel Ojeda, Ervigio Díaz, Inmaculada Quiney.



(Suena una música suave. El ALEMÁN taconeando y se inclina, ofreciéndole su brazo derecho. Se acerca el CAPITÁN, la saluda, galante, le ofrece el brazo izquierdo y así se encaminan al salón del fondo, cortejándola los dos. Se oye reír a la GUERRA. Se apaga la luz. Se ilumina la Sala de Justicia, donde está de nuevo la DAMA con su pelo blanco y su maquillaje de anciana, como en la primera escena.)

DAMA. — Todos la cortejaban... ¡Parecía tan hermosa!... No conocíamos todavía su verdadero rostro. Ella ha conseguido cuanto ha querido. Ha convertido el mundo en lo que es hoy: un lugar sin alegría ni esperanza, sin conciencia y sin piedad; un lugar de engaño y de rapiña. Aquella mujer era... la Guerra.

Voz 1.^a — Y ustedes bailando valeses, ¿eh? ¡Qué bella época!

JUEZ. — Silencio, por favor.

FISCAL. — Y los grandes pacifistas de su época, ¿qué hicieron ustedes de ellos? Nobel... Dunant... Carnegie...

DAMA. — (Con ironía, despreciativa.) ¡Pacifistas! No tenían elegancia ni brillantez. Era cosa de clérigos y de solteronas cursis. ¿Qué podían hacer ellos ante el prestigio de la Guerra, [que va siempre acompañada de bellos uniformes, de banderas y de música, de aventura y de riesgo... de cuanto enardece al hombre y nos deslumbra a las mujeres]?

FISCAL. — (Con gesto sobrio pero expresivo, que viene como a rubricar la acusación.) Gracias, Señora. ¿Tiene usted algo más que decir?

DAMA. — (Gesto negativo, con melancolía.) Nada... Nada más.

JUEZ. — La testigo puede retirarse.

(La DAMA saluda, se dirige a la puerta, que abre el UJIER y sale.)

NOTA. — Las ideas filosóficas y políticas expresadas en el diálogo de esta escena están tomadas casi textualmente de obras de Hegel, Treitsche, Marx, Lenin y Sorel.



ESCENA SEGUNDA

JUEZ. — Que pase el segundo testigo de la acusación.

UJIER. — Testigo segundo.

(Entra la GUERRA y se coloca en el lugar destinado a los testigos.)

JUEZ. — Levante la mano derecha y preste juramento.

GUERRA. — Juro por mi honor...

JUEZ. — *(Interrumpiendo.)* No es ésta la fórmula. Aquí se jura por Dios. El honor está algo desprestigiado...

GUERRA. — ¿Cómo puede usted decir eso, Señoría? No juraré por otro nombre. El honor es mi dios, inseparable de mí misma.

Voz 1.^a — Ya no. Has arrastrado el honor en tu propio desprestigio.

JUEZ. — Silencio. Nadie debe hablar directamente al testigo. Si algo tienen que decir deben dirigirse a mí. Se permite al testigo jurar por el Honor, si así lo desea. Cada uno ha de hacerlo por aquello que considere más sagrado.

Voz 1.^a — Protesto, Señoría. El Honor quizá fue sagrado para ella en el pasado. Ya no lo es.

JUEZ. — ¿Qué tiene que alegar a esto la testigo?

GUERRA. — Los hombres siempre me acusan de sus propios crímenes... Quizá no exista ya nada sagrado, ni para ellos, ni para mí. Prefiero no jurar...

JUEZ. — *(Ante el gesto de protesta del FISCAL.)* Concedido. Se

exime al testigo de prestar juramento. (*A la GUERRA.*) Puede sentarse.

Voz 2.^a — Pero ¿qué clase de proceso es éste? ¿También aquí va a hacer ella lo que le dé la gana?

JUEZ. — ¡Silencio, por favor! (*Al FISCAL.*) El Ministerio Fiscal tiene la palabra.

FISCAL. — Con la venia. Ha oído usted las acusaciones del testigo anterior. (*Tomando un papel donde las habrá anotado, y leyendo.*) Ha convertido al mundo en un lugar sin alegría ni esperanza... sin conciencia y sin piedad, y, según otras opiniones, también sin honor; un lugar de engaño y de rapiña. ¿Puede usted darnos razón de estas acusaciones?

GUERRA. — Creía que se me había llamado como testigo, no como acusado.

FISCAL. — Todo testigo de una época es, en parte, responsable de cuanto en ella acontece. Y usted ha tomado parte muy activa en la vida del acusado.

GUERRA. — Si soy responsable del odio, lo soy también del amor...

2.^a Voz. — Qué cinismo.

FISCAL. — ¿Del amor?

GUERRA. — Sí, del amor. Los hombres siempre me han amado.

FISCAL. — Hoy todos la temen.

GUERRA. — En mí encontraron la grandeza de que no eran capaces en tiempos de paz... La abnegación, el sacrificio, la camaradería..., no existían, para la mayor parte de ellos, en sus mezquinas existencias. Sólo yo les permitía sentirse héroes, ejercer unas virtudes que sin mí no hubiesen conocido: valor, fortaleza, lealtad. Por eso piensan en mí con nostalgia. Para muchos fui la única oportunidad de nobleza que hallaron en sus vidas. (*Dirigiéndose al público en tono de acusación.*) Y ahora yo pregunto: ¿Qué les han exigido ustedes en la paz? ¡Contesten! ¿Qué les

han exigido? Los hombres necesitan que se les exija mucho para dar su medida.

1.ª Voz. — Protesto, señor Juez. La testigo no está aquí para acusarnos, sino para responder a las preguntas del Tribunal. Además, cuanto dice no tiene validez para nuestros días. La guerra es hoy infame y está completamente desprestigiada.

JUEZ. — Se admite la protesta. Ruego a la testigo que se limite a contestar.

GUERRA. — ¿Me permite una pregunta más, Señoría?

JUEZ. — (*De mala gana.*) Hágala.

GUERRA. — (*Dirigiéndose al público.*) ¿Qué haréis vosotros, hombres de hoy, para ejercer esas virtudes que yo os enseñé? Vuestros famosos “tiempos de paz” entrañan más peligros que los míos. Pero no os dais cuenta. El día que en la paz seais tan heroicos como fuisteis en la guerra, ese día, os lo prometo, desapareceré. Estoy a su disposición (*al FISCAL*).

2.ª Voz. — ¡Es intolerable!

JUEZ. — Silencio. Siga (*al FISCAL*).

FISCAL. — ¿Quiere decirnos qué ha cambiado en el mundo para que esté tan desprestigiada y los hombres que la amaron deseen hoy con tanta vehemencia su desaparición?

GUERRA. — (*Con ironía.*) ¿Qué ha cambiado en el mundo? Ruego a Su Señoría que me permita presentar a otro testigo. Él tendrá seguramente algo que decir.

JUEZ. — ¿Otro testigo? ¿Es amigo suyo?

GUERRA. — (*Irónica.*) Sí, Señoría, muy amigo. Casi podría decir mi esclavo.

JUEZ. — Ha pasado la época de la esclavitud. Hoy nadie es esclavo de nadie.

GUERRA. — (*Irónica.*) Permítame, Señoría, que me reserve mi opinión.

JUEZ. — (*Seco.*) Que pase el nuevo testigo.

(*El UJIER se dirige a la puerta que abre, y llama.*)

UJIER. — Testigo segundo bis.

(*Entra un hombre con aspecto de "sabio", parecido a Einstein.*)

JUEZ. — Puede empezar el Ministerio Fiscal. No es necesario tomar juramento al nuevo testigo.

2.^a Voz. — ¿Tampoco éste va a jurar? ¡Cuando yo digo que este Proceso!...

JUEZ. — Silencio.

FISCAL. — ¿Conoce usted a esta dama?

SABIO. — (*Seco.*) Sí.

FISCAL. — ¿Es usted amigo suyo?

SABIO. — Digamos que... trabajo para ella.

FISCAL. — ¿En qué trabaja usted?

SABIO. — En la física nuclear... En la desintegración del átomo.

FISCAL. — ¿Es usted, pues, investigador?

SABIO. — Sí.

FISCAL. — ¿Y no es la investigación una profesión liberal?

SABIO. — Sí.

FISCAL. — ¿Cómo se entiende, pues, que trabaje usted para esta dama, que sea "casi su esclavo", como ella ha dicho?

SABIO. — Bueno..., aunque parezca que trabajo para ella, trabajo, sobre todo, para la paz.

FISCAL. — ¿Para la paz, dando a los hombres el instrumento

de su total aniquilación? ¿No preferiría usted investigar para la Vida, en vez de hacerlo para la Muerte?

SABIO. — Sí.

FISCAL. — ¿Por qué no lo hace, entonces?

SABIO. — Hoy el Estado nos exige...

FISCAL. — El Estado. Luego ¿no son ustedes libres? La razón, la más alta facultad del hombre, ¿no está hoy al servicio de la Verdad, sino de unos intereses políticos?

SABIO. — No podemos hacer otra cosa.

1.ª Voz. — ¿No podéis hacer otra cosa, eh? ¡Vuestras famosas armas atómicas van a exterminarnos algún día!

JUEZ. — *(Con voz enérgica.)* ¡Silencio!

SABIO. — El miedo nos hace egoístas, crueles y traidores. Es cuestión de vida o muerte.

FISCAL. — ¿Y quién les ha abocado a esta tremenda situación?

(El SABIO mira a la GUERRA y ésta le mira a él, como acusándose mutuamente.)

GUERRA. — No; no soy yo. Sois los hombres, con vuestras injusticias, vuestras ambiciones, vuestros egoísmos, vuestras arbitrariedades, vuestras inconsciencias... Creisteis poder jugar con el mundo..., conmigo... y sólo para los niños son los juegos inocentes... Cuando los hombres juegan...

(Mueve la cabeza dubitativamente. Suena una música de "jazz" de 1918. Se apaga la luz y se ilumina para la escena retrospectiva. Telón de fondo representando un enorme mapa-mundi. Tres muchachos, vestidos y actuando como "Niños grandes". Bailan, rien, y al empujarse uno a otro, caen, rompiendo el mapa, que se desmorona. Cesa la música.)

MUCHACHO 3.º — ¡Atiza! Lo hemos hecho añicos.

JUEZ. — (*Seco.*) Que pase el nuevo testigo.

(*El UJIER se dirige a la puerta que abre, y llama.*)

UJIER. — Testigo segundo bis.

(*Entra un hombre con aspecto de "sabio", parecido a Einstein.*)

JUEZ. — Puede empezar el Ministerio Fiscal. No es necesario tomar juramento al nuevo testigo.

2.^a Voz. — ¿Tampoco éste va a jurar? ¿Cuando yo digo que este Proceso!...

JUEZ. — Silencio.

FISCAL. — ¿Conoce usted a esta dama?

SABIO. — (*Seco.*) Sí.

FISCAL. — ¿Es usted amigo suyo?

SABIO. — Digamos que... trabajo para ella.

FISCAL. — ¿En qué trabaja usted?

SABIO. — En la física nuclear... En la desintegración del átomo.

FISCAL. — ¿Es usted, pues, investigador?

SABIO. — Sí.

FISCAL. — ¿Y no es la investigación una profesión liberal?

SABIO. — Sí.

FISCAL. — ¿Cómo se entiende, pues, que trabaje usted para esta dama, que sea "casi su esclavo", como ella ha dicho?

SABIO. — Bueno..., aunque parezca que trabajo para ella, trabajo, sobre todo, para la paz.

FISCAL. — ¿Para la paz, dando a los hombres el instrumento

de su total aniquilación? ¿No preferiría usted investigar para la Vida, en vez de hacerlo para la Muerte?

SABIO. — Sí.

FISCAL. — ¿Por qué no lo hace, entonces?

SABIO. — Hoy el Estado nos exige...

FISCAL. — El Estado. Luego ¿no son ustedes libres? La razón, la más alta facultad del hombre, ¿no está hoy al servicio de la Verdad, sino de unos intereses políticos?

SABIO. — No podemos hacer otra cosa.

1.ª Voz. — ¿No podéis hacer otra cosa, eh? ¡Vuestras famosas armas atómicas van a exterminarnos algún día!

JUEZ. — *(Con voz enérgica.)* ¡Silencio!

SABIO. — El miedo nos hace egoístas, crueles y traidores. Es cuestión de vida o muerte.

FISCAL. — ¿Y quién les ha abocado a esta tremenda situación?

(El SABIO mira a la GUERRA y ésta le mira a él, como acusándose mutuamente.)

GUERRA. — No; no soy yo. Sois los hombres, con vuestras injusticias, vuestras ambiciones, vuestros egoísmos, vuestras arbitrariedades, vuestras inconsciencias... Creísteis poder jugar con el mundo..., conmigo... y sólo para los niños son los juegos inocentes... Cuando los hombres juegan...

(Mueve la cabeza dubitativamente. Suena una música de "jazz" de 1918. Se apaga la luz y se ilumina para la escena retrospectiva. Telón de fondo representando un enorme mapa-mundi. Tres muchachos, vestidos y actuando como "Niños grandes". Bailan, ríen, y al empujarse uno a otro, caen, rompiendo el mapa, que se desmorona. Cesa la música.)

MUCHACHO 3.º — ¡Atiza! Lo hemos hecho añicos.

MUCHACHO 1.º — No importa. Dale. Dale. (*Dando puntapiés y jugando con los pedazos.*)

(*Entra la GUERRA. Mira, asombrada.*)

GUERRA. — Pero... ¿Qué habéis hecho con el mundo?

MUCHACHO 1.º — ¿Qué vienes a hacer aquí? No nos haces ninguna falta. Lárgate.

GUERRA. — Ya. Ya lo veo. (*Riendo con ironía al mirar los pedazos del mapa.*) Me figuro que vais a tener que recomponerlo...

MUCHACHO 1.º — Sí. Pero será muy divertido.

GUERRA. — Y también algo difícil.

(*Se sientan en el suelo, en rueda, junto a los pedazos del mapa, que van cogiendo y colocando o desechando, como quien hace un rompe-cabezas, arrebatándose unos a otros los pedazos.*)

MUCHACHO 2.º — ¿Por dónde empezamos? ¿Europa? ¿Asia? ¿África?

MUCHACHO 3.º — Trae; aquí tengo un pedazo de Alemania.

MUCHACHO 1.º — Empecemos, pues, por Europa. Es más fácil.

GUERRA. — (*Con ironía.*) ¿Más fácil?

MUCHACHO 3.º — (*Arrebatándole el pedazo.*) Dame. Este trozo es para mí.

MUCHACHO 2.º — No.

MUCHACHO 1.º — Quita. Hay para todos. (*Rasgando papeles y dándoles trozos a los demás.*) Toma... Toma...

Guerra. — (*Acercándose a mirar.*) ¿Qué queda de Alemania?

MUCHACHO 1.º — Demasiado todavía. Mira, aquí tengo un pedazo de Hungría.

MUCHACHO 2.º — Y yo otro.

MUCHACHO 3.º — Y yo más.

MUCHACHO 1.º — Ponlo aquí... Y éste aquí... Espera, esto no encaja bien... Sí, ahora.

GUERRA. — (*Mirando, interesada.*) ¿Qué es este país que no conozco?

MUCHACHO 3.º — Checoeslovaquia.

MUCHACHO 1.º — ¿Y Turquía? ¿Por qué está tan grande Turquía?

MUCHACHO 2.º — Dame un pedazo.

MUCHACHO 3.º — Y a mí otro.

(*La GUERRA se aparta riendo y se sienta a un extremo, pensativa.*)

MUCHACHO 3.º — A ver qué hacemos con el Congo.

MUCHACHO 2.º — Trae. No vamos a dejárselo a Alemania.

MUCHACHO 1.º — Se lo regalaremos al rey de los belgas.

GUERRA. — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... (*Imitando, con ironía.*) “Se lo regalaremos al rey de los belgas...” (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Qué fácil!... Pero ¿qué tierra es ésa? ¿No hay en ella seres humanos?

MUCHACHO 1.º — No. Bueno..., sólo negros. No tiene importancia.

GUERRA. — ¡Ah! Sólo negros. ¿Y si algún día ellos dicen “sólo blancos”?

MUCHACHO 1.º — Qué han de decir. No te preocupes.

GUERRA. — ¿Preocuparme? Me divierte ver cómo me preparáis el porvenir. Seguid. Seguid jugando.

MUCHACHO 1.º — ¡Eh! Trae. Este trozo de Polonia me pertenece.

MUCHACHO 2.º — No, que es mío. Mío.

MUCHACHO 1.º — Toma este otro pedazo. Nos repartiremos a Polonia con justicia.

MUCHACHO 3.º — ¿Con justicia? Ladrones. Sinvergüenzas. No hay derecho.

MUCHACHO 1.º — ¿Que no hay derecho? (*Dándole un puñetazo.*) Verás. No hay más derecho que éste.

MUCHACHO 2.º — ... y Berlín también nos lo vamos a repartir, como un pastel.

MUCHACHO 3.º — Es un crimen, una injusticia.

MUCHACHO 1.º — Si todos intervenimos, ya no lo será.

MUCHACHO 3.º — Sois unos cínicos.

MUCHACHO 1.º — Nosotros defendemos la paz de Europa. Déjanos tranquilos y márchate ya.

(*Peleando, echan al MUCHACHO 3.º que sale.*)

MUCHACHO 2.º — (*Cogiendo del suelo un trozo de mapa roto.*) Vamos a arreglar esto.

MUCHACHO 1.º — (*Arrancándoselo.*) Trae, idiota.

GUERRA. — Creía que había terminado el reparto. ¿No es esto África?

MUCHACHO 1.º — (*Emite un gruñido.*)

GUERRA. — ¿Qué es lo que hacéis ahora?

MUCHACHO 1.º — Ayudarles. ¿No te das cuenta?

GUERRA. — ¿Ayudarles?

MUCHACHO 2.º — Sí, ayudarles en su desenvolvimiento político y económico... Política de alto nivel.

GUERRA. — ¿Política de alto nivel? ¿Así llamáis ahora al comercio?

MUCHACHO 1.º — ¿Comercio? No entiendes nada. Les facilitamos máquinas... créditos..., les llevamos nuestras ideas de libertad y de democracia...

GUERRA. — Sí... Máquinas..., créditos..., ideas... Comercio. Nada más que comercio. ¿Y qué les exigiréis a cambio?

MUCHACHO 1.º — ¿Qué pretendías entonces?

GUERRA. — ¿Yo? Nada. Sólo me pregunto: ¿Qué pasará el día en que se den cuenta de que todo ello no les sirve para nada? De que máquinas e ideas..., créditos y dinero ajenos les hacen esclavos otra vez.

MUCHACHO 2.º — (*Gesto vago.*) ¡Bah!

GUERRA. — (*Marchándose, se vuelve.*) Día vendrá en que mientras vosotros os emborracháis en la Luna o en Venus y hacéis "política de alto nivel", millones de seres humanos morirán de hambre todos los días... Pero yo estaré allí. Yo siempre estoy entre vosotros.

(Al salir la GUERRA, se cruza con el SABIO, que entra. Se miden con la mirada. El SABIO lleva una maleta con sus aparatos. Los dos MUCHACHOS al ver aparecer al SABIO se levantan presurosos, y le ayudan a instalarse, con grandes muestras de consideración, pero mirándose con recelo y hostilidad el uno al otro cuando no les es posible ignorarse, procurando cada uno atraerse al SABIO. El uno va a buscarle una mesita; el otro va y la corre un poco a un lado, y así toda la escena. Los modales de los muchachos no son ahora los de niños jugando, como antes. Han "crecido" y hasta el final de la escena ha de percibirse entre ellos una dramática tensión. Traen una silla, que colocan ante la mesa, aparatos sobre ésta y otros que cuelgan de la pared. Todo con premura y obsequiosidad.)

MUCHACHO 2.º — ¿Me permite que le ayude, profesor?

SABIO. — Sí, sí, muchas gracias.

MUCHACHO 1.º — (*Rectificando la posición de la mesa.*) Más acá estará mejor...

SABIO. — No se molesten, por favor...

MUCHACHO 2.º — No faltaba más...

MUCHACHO 1.º — ¿Este aparato?

SABIO. — ¡Cuidado! Póngalo sobre la mesa. Así... bien. Éste va colgado de la pared. Gracias. Y éste también. Pero, no se molesten más.

MUCHACHO 1.º — ¡Tenemos mucho gusto en ayudarle, Profesor! La Ciencia es antes que todo.

(Va hacia los aparatos que colgaron de la pared, rectificando su posición. De repente se queda sorprendido mirando al barómetro, como no dando crédito a sus ojos.)

SABIO. — Este barómetro...

MUCHACHO 1.º — ¿Qué pasa, Profesor? ¿Mal tiempo para mañana?

SABIO. — ¿Malo? Malísimo. Bajando... bajando. La Justicia, La Integridad, la Conciencia. Bajísimo, Bajísimo.

MUCHACHO 2.º — ¡Bah!... No hay razón para alarmarse, Profesor. *(Acercándose a mirar.)* A mí no me parece tan bajo.

SABIO. — *(Se ha apresurado a mirar la brújula.)* Y la brújula. ¿Cómo es posible? *(Tratando de enderezarla.)*

MUCHACHO 1.º — ¿La brújula también anda mal?

SABIO. — No lo comprendo. No lo comprendo. Indica... indica el Sur. ¿Cómo es posible?

MUCHACHO 2.º — *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Bah! ¿Qué importancia tiene?

SABIO. — ¿Que qué importancia tiene? A ustedes les parece que no tiene importancia. ¿Me quieren decir qué le pasa al mundo cuando los valores que han de mantenerse sobre un cierto nivel están por debajo de él y cuando la orientación se imanta en sentido contrario? ¡Oh, déjenme, déjenme solo! *(Dejándose caer en*

la silla con honda preocupación.) Es preciso que estudie, que averigüe las causas de esta tremenda anomalía. Quizás es la orientación de la misma ciencia la que está equivocada... la que tenemos que rectificar.

MUCHACHO 1.º — Déjese de filosofías y póngase al trabajo.

SABIO. — (*Sorprendido.*) ¿Cómo puede un científico dejar de preguntarse?

MUCHACHO 2.º — Lo que interesa ahora no es hacerse preguntas, sino estar preparados para responder al enemigo con las mismas armas: la bomba atómica.

MUCHACHO 1.º — Es preciso que trabaje usted sin descanso en la investigación nuclear.

SABIO. — (*Levantándose, indignado.*) ¿Cómo se permiten? Trabajaré en lo que me dé la gana. Soy un hombre libre.

MUCHACHOS 1.º y 2.º — (*Al mismo tiempo y mirándose el uno al otro.*) ¿Libre? ¡Ja, ja, ja...!

MUCHACHO 2.º — ¿Todavía cree en ese viejo mito, Profesor?

MUCHACHO 1.º — ¿Por qué aceptó nuestra ayuda, si quería ser libre?

MUCHACHO 2.º — Nuestro mundo es hoy demasiado duro para que pueda existir la libertad.

MUCHACHO 1.º — Y menos en la ciencia. ¿O creía usted, acaso, poder hacer marcha atrás?

(Los dos MUCHACHOS al mismo tiempo, uno de cada lado, le ponen una mano en el hombro, obligándole a sentarse.)

MUCHACHO 2.º — Usted ha puesto en nuestras manos las más terribles armas de destrucción que el mundo ha conocido. Ahora le exigimos que siga investigando.

MUCHACHO 1.º — Para que esas armas sean cada vez más eficaces.

MUCHACHO 2.º — Para conseguir que nos quepa en la palma de la mano lo preciso para aniquilar a la humanidad.

SABIO. — (*Como para sí mismo, espantado.*) Aniquilar a la humanidad.

(*El SABIO ha quedado como anonadado bajo la presión de los dos MUCHACHOS. En este momento la GUERRA, que se había quedado apartada en silencio, se yergue riendo. Debiera ser una risa siniestra.*)

GUERRA. — ¡Ja, ja, ja...!

(*Al oírla, el SABIO se levanta sobresaltado y los MUCHACHOS, con el mismo gesto de antes, vuelven a obligarlo, casi con brutalidad, a sentarse. Se apaga la luz y se ilumina la Sala de Justicia. Como anteriormente, están los testigos: SABIO y GUERRA. El SABIO está profundamente abatido y mantiene las manos juntas, ostensiblemente, como si las tuviera esposadas.*)

GUERRA. — Y los hombres jugaron con el átomo como se jugó con las más peligrosas ideas. Como se jugó con pueblos y naciones.

SABIO. — No jugamos... “ensayamos”.

GUERRA. — Se “ensayaron” ciertas ideas que han ensangrentado al mundo. (*Señalando con dedo acusador hacia el público. Con ironía.*) Pero usted no tiene la culpa... Ni usted... Ni usted... Ni usted... También Hiroshima fue el resultado de otro “ensayo”. (*Con ironía, señalando las manos del científico.*) Pero él tampoco, tampoco tiene la culpa... ¿Qué podía hacer? No era libre.

SABIO. — No. No lo era. Y cuando el hombre pierde la libertad, el ímpetu creador se convierte en fuerza destructora.

FISCAL. — Siempre la guerra ha sido destructora.

SABIO. — Pero nunca se había atentado contra las fuentes mismas de la vida, contra la integridad humana. Por haber olvi-

dado que hay algo por encima del hombre, hemos creado monstruos. ¡Nos hemos oonvertido en monstruos!

1.^a VOZ. — Sí, señor. ¡Monstruos! Y estáis envenenando el aire que respiramos. Y esterilizando la tierra y el mar.

JUEZ. — Silencio.

GUERRA. — (*Irónica.*) ¿No es la ciencia, la que ha alcanzado tan halagüeños resultados?

SABIO. — No. No es la ciencia. Es la subversión de los valores. Es el egoísmo; es el interés, antepuesto al bien común; es el materialismo imperante. (*Gritando.*) Y todos tenemos la culpa. Todos. Todos. Todos.

2.^a VOZ. — Insolente. Cállese ya y mire de remediar el daño que ha hecho.

JUEZ. — (*Golpeando la mesa con el mazo.*) Silencio. Silencio. ¿Ha terminado ya el Ministerio Fiscal?

FISCAL. — Nada tengo que preguntar, Señoría. (*Con un gesto que expresa "ellos lo han dicho todo".*)

JUEZ. — Los testigos pueden retirarse.

(*Saludan: la GUERRA con ceremoniosa ironía, el SABIO, inseguro, y salen por la puerta que les abre el UJIER.*)



ESCENA 2.^a — Ervigio Díaz, Sendo Mendoza, Paco del Barco



Inmaculada Quiney, en el papel de “Guerra”



ESCENA 3.^a — Victor Millán, en el papel de "Nazi";



Cristina Rodríguez, en el papel de "Helga".

ESCENA TERCERA

JUEZ. — Que pase el tercer testigo de la acusación.

UJIER. — Testigo tercero.

(Entra una mujer que aparenta unos 50 años, pero vestida y peinada como a los 15. Blusa blanca, falda negra o azul, calcetines y botas o zapatones. Va peinada con trenzas, aunque su cabello es gris. En sus gestos y en su expresión se ve claramente que ha perdido la razón.)

JUEZ. — Levante la mano derecha y preste juramento.

(La testigo mira temerosa y sin comprender, a su alrededor. El FISCAL se acerca al JUEZ, y, en un aparte.)

FISCAL. — Señoría, la testigo perdió la razón en su juventud.

JUEZ. — ¿Cómo, entonces, la ha traído a atestiguar? ¿No sabe usted que un loco no puede prestar testimonio?

FISCAL. — Su Señoría sabe muy bien que este proceso es excepcional, pero es precisamente su locura la que debe prestar testimonio. Le ruego, Señoría, que acepte a este testigo.

JUEZ. — Concedido. El Ministerio Fiscal puede empezar el interrogatorio.

FISCAL. — Con la venia. Vamos a ver, Señorita... *(Consultando la lista que tiene delante.)* Helga: ¿quiere usted contarnos lo que recuerde de su juventud?

HELGA. — *(Como defendiéndose.)* Sólo tengo quince años.



FISCAL. — Bueno, pues cuéntenos usted lo que pasó cuando tenía quince años.

HELGA. — *(Con desesperación.)* Sólo tengo quince años. *(Con una inmensa piedad de sí misma.)* Sólo tengo quince años.

FISCAL. — Pero a los quince años, pueden suceder muchas cosas... Trate de recordar, Helga.

HELGA. — *(Negando con la cabeza, con creciente desesperación.)* Sólo tengo quince años. Sólo tengo 15 años. *(Sigue diciendo "sólo tengo quince años" como un mecanismo que se dispara.)*

(El FISCAL se acerca al JUEZ y le dice algo en voz baja. Éste asiente.)

JUEZ. — Que pase el padre de la Señorita Helga.

UJIER. — Testigo tercero bis.

FISCAL. — Helga, va usted a ver a su padre. Va usted a verlo como hace treinta años.

(HELGA abre mucho los ojos, incrédula.)

FISCAL. — Luego, recordará. Verá usted como recuerda.

(El rostro de HELGA toma una expresión entre temerosa y esperanzada. Entra un hombre de unos 70 años, aunque bien llevados. Viste uniforme negro con el brazal de la Cruz Gamada. Al ver a HELGA se para en seco frente a ella, como paralizado por la emoción. HELGA le mira horrorizada, lanza un grito histérico y se tapa los oídos con las manos.)

HELGA. — ¡No! ¡No, no, no! ¡No es mi padre...! ¡No es mi padre!

(El FISCAL le acerca una silla y la ayuda a sentarse. Ella se derrumba, sollozando. El FISCAL hace un gesto al padre de HELGA y éste se retira, después de mirar a su hija)

con expresión atormentada. El FISCAL pone una mano sobre el hombro de HELGA.)

FISCAL. — Recuerde, Helga... recuerde.

(Se apaga la luz. Se oye la música del himno nazi. Se enciende, para la escena retrospectiva, una sola y potente luz, enfocando al padre de HELGA, vestido con el mismo uniforme, pero treinta años más joven. Está de pie, haciendo actuar marionetas que cuelgan por hilos de sus manos en alto. Sigue oyéndose el himno nazi. Es a su ritmo y como obedeciendo a algunas voces de mando, casi inarticuladas, del NAZI, que se mueven las marionetas. La escena ha de tener un tono siniestro. Al entrar HELGA por la puerta de la izquierda, cesa la música y se ilumina repentinamente la totalidad de la habitación, desapareciendo las marionetas como si la presencia de la muchacha —mismo vestido, trenzas rubias, 15 años— hubiese disipado un encantamiento. El escenario representa el despacho del oficial. Al fondo, una cortina negra, como cubriendo una ventana y, bordada en la cortina, una gran cruz gamada. Delante, una mesa escritorio y, sobre ella, además de los objetos usuales, un jarrón con flores y una lámpara con pantalla de pergamino, adornada de dibujos. Un sillón, con respaldo asimismo de pergamino, en el que se ven dos botones a media altura y con una separación de unos 30 centímetros. Colgado de una pared, bien visible, montado sobre un fondo dorado, un pergamino sobre el cual se ve claramente dibujado un Cristo en la cruz. A la izquierda, puerta de entrada. Entra HELGA sin llamar. Se queda un momento parada, mirando a su padre.)

HELGA. — Hola, papá. ¿Qué hacías con esos muñecos?

NAZI. — *(Todavía ensimismado.)* Me gusta hacer que los muñecos parezcan hombres... y los hombres, muñecos... *(HELGA le mira indecisa, sin comprender.)* Pero ven, no tiene importancia, son cosas mías, ¿sabes?, parte de mi trabajo. Me ha sorprendido tu llegada.

HELGA. — ¿No me esperabas, papá?

NAZI. — Perdóname, hija. Había olvidado que yo mismo di orden de hacerte pasar en cuanto llegases.

HELGA. — (*En tono de cariñosa reconvencción.*) Cuando estás trabajando te olvidas de todo, hasta de tu hija. ¿Te parece bonito? Tendré que contárselo al Führer. (*El padre se ríe.*) Sí, no te rías. Verás como te da orden de hacer más caso de tu pequeña Helga.

NAZI. — Alemania nos exige hoy todo nuestro ser y todo nuestro tiempo.

HELGA. — Pero yo también soy un trocito de Alemania.

NAZI. — (*Acariciando el pelo de su hija.*) Un trocito precioso. Ven, siéntate un momento y charlaremos como dos amigos.

HELGA. — Espera, déjame ver tus dominios. (*Yendo de acá para allá.*) Qué bonito despacho tienes, papá.

NAZI. — Me alegro de que te guste.

HELGA. — ¿Por qué no me dejaste venir antes?

NAZI. — Eras todavía una niña... Y éste no es lugar para niños.

HELGA. — Ahora Helga ya no es una niña. (*Enderezándose con ingenuo orgullo.*) Ahora Helga es ya una mujer que pronto...

(*Alzando la cara hacia su padre, que le pone ambas manos en los hombros.*)

HELGA. — ... que pronto podrá ser una madre aria.

NAZI. — No, mi pequeña Helga... Todavía tienes mucho que aprender.

(*HELGA hace un mohín de disgusto y, soltándose de las manos de su padre, mira el sillón y la lámpara de pergamino. Los toca delicadamente.*)

HELGA. — Qué bonita lámpara. Y el sillón también... No sé por qué me imaginaba que tu despacho sería severo, con un alto sillón de cuero negro. Y es tan alegre... ¡Hasta tiene flores! (*Escondiendo el rostro en ellas.*) ¡Qué bien huelen!

NAZI. — Me las han mandado de Auschwitz. Entre los presos hay muy buenos jardineros.

HELGA. — ¡Qué simpáticos! ¡Y este Cristo? (*Extrañada.*) No comprendo, papá... yo creía que tú...

NAZI. — Hija mía, amo el arte dondequiera que se encuentre.

HELGA. — (*Mirando el Cristo.*) Sí, es muy bonito. Y muy original. Nunca había visto un Cristo dibujado sobre pergamino.

NAZI. — Sabes que soy un incurable coleccionista de objetos raros.

(En este instante suena el teléfono. Descolgándolo.)

NAZI. — Que pase. Hija, no puedo seguir atendiéndote, tengo una visita importante...

(HELGA hace un movimiento de disgusto. Su padre la lleva hasta la puerta, con el brazo cariñosamente pasado por los hombros. Antes de llegar, entra LUDWIG, de la misma edad aproximadamente que el NAZI. Va vestido de paisano.)

NAZI. — (*Soltando a Helga y olvidándose de su presencia.*) ¡Ludwig!

LUDWIG. — ¡Franz!

NAZI. — (*Saludando.*) Heil Hitler.

LUDWIG. — (*Lo mismo.*) Heil Hitler.

(Se abrazan efusivamente. HELGA ha ido hacia la puerta, pero la encuentra cerrada. Al ver las efusiones de los amigos, no se atreve a interrumpirlos. Habrá quedado en un recodo de la habitación, junto a la puerta, de forma que

su padre y el amigo no la ven; creen estar solos y ella, apoyada contra la pared, de cara al público, oirá toda la conversación. Al principio, inquieta de no poder salir; luego, interesada por lo que oye y cada vez más asustada, hasta llegar al paroxismo, momento en que se tapa, desesperada, los oídos y grita histéricamente, con el mismo grito que cuando ve a su padre en la Sala de Justicia.

El NAZI se sienta detrás de su mesa y LUDWIG enfrente, medio vuelto hacia él, medio hacia el público.)

NAZI. — Siéntate, Ludwig. ¿Cuándo has llegado?

LUDWIG. — Ayer. El tiempo de ver a mi familia, de sumergirme en esta nueva Alemania que casi no reconozco y venir a verte. ¿Para qué me has mandado llamar?

NAZI. — Me haces falta y sé que puedo contar contigo. Hoy nos hacen falta todos los fieles nacional-socialistas. Es preciso acelerar el establecimiento del Orden Nuevo, y sabes todo lo que abarcan estas dos palabras: exterminio de los judíos y de todos los seres inferiores, y progresivo aumento de nuestro espacio vital, sobre todo hacia el Este, haciendo de sus pobladores nuestros esclavos.

LUDWIG. — ¿Esclavos? En esta época. ¿No te parece un poco exagerado?

NAZI. — Creo que entre nosotros podemos llamar las cosas por su nombre. ¿No? Somos un pueblo de señores y cualquier obrero alemán vale más que diez mil cochinos eslavos... Polacos, rusos, checos. Razas inferiores. Las utilizaremos, nada más.

LUDWIG. — Me parece difícil llegar a conseguirlo. ¿Hay algún plan previsto?

NAZI. — Sí. En Polonia se está ensayando nuestro sistema: clausura de todas las instituciones culturales, en particular Escuelas y Universidades, para impedir la formación de una nueva "élite". Hay que transformar a este pueblo en un desierto intelectual y hacer que constituya un depósito de mano de obra para la industria y la agricultura alemanas. Mientras más bajo man-

tengamos su nivel intelectual y moral, más fácilmente conseguiremos nuestro objetivo.

LUDWIG. — Mi querido Franz, dudo que consigamos quebrantar la moral del pueblo polaco. Sabes que son gentes tercas y fanáticas.

NAZI. — Mi querido Ludwig, todo puede conseguirse con una buena organización. En pocos años los polacos estarán desmoralizados y embrutecidos. Para ello hemos prohibido toda manifestación artística o cultural, fomentando en cambio los espectáculos de tipo ligero y erótico; favorecemos la producción y el consumo de alcohol; publicamos, para la juventud, un pequeño semanario pornográfico, y naturalmente, les libramos de esa rémora de seres inútiles —débiles, enfermos, viejos— que constituyen la plaga de los países fanatizados por los curas. Pero esto último pertenece ya a la técnica de despoblación.

LUDWIG. — Muy interesante. Sabía que el Führer y sus colaboradores sabíais llevar nuestros ideales hasta sus últimas consecuencias, pero no me imaginaba que se hubiese ya alcanzado algo tan sistemático. Bueno, sigue.

NAZI. — Sabes que el Führer desea aniquilar, lo más rápidamente posible, las unidades raciales inferiores, que se multiplican como parásitos. Te explicaré: hemos prohibido, bajo pena de ser internados en campos de concentración, el prestar a estos esclavos la más mínima ayuda. La compasión hay que reservarla exclusivamente para los alemanes, no lo olvides.

LUDWIG. — ¿No temes que la violación de los convenios internacionales nos traiga complicaciones diplomáticas?

NAZI. — Lo único que hay que temer es el perder la guerra. Todo es lícito para quien la gana.

LUDWIG. — Y los generales, ¿obedecerán estas órdenes de exterminio de los prisioneros de guerra, contrarias al código militar internacional?

NAZI. — Los generales obedecen. Ya lo creo que obedecen. Son incurables sargentos.

LUDWIG. — (*Signo con la cabeza como queriendo decir “no está mal”.*) Sigue.

NAZI. — Te hablaré ahora de la cuestión judía que, como sabes, constituye nuestro principal objetivo. Estamos en vías de darle una solución definitiva.

LUDWIG. — Sí, me han hablado de eso. Pero me parece bastante difícil.

NAZI. — Ludwig. Me pones nervioso con tus dudas.

LUDWIG. — Lo siento, Franz, pero no puedo dejar de preguntarme cómo solucionaremos definitivamente una cuestión tan compleja. Son muchos millones de judíos, no sólo en Alemania y en Polonia, sino esparcidos en toda Europa.

NAZI. — Si un pueblo quiere ser libre, no lo olvides, necesita odiar, odiar y siempre odiar. Y para el odio, como para el amor, todo es posible. El pueblo judío es la hez de la tierra y acabaremos con él. Existen diversos sistemas de exterminio que forman parte de un plan completo y sistemático: prohibición de casarse con arios; prohibición de ejercer profesiones liberales; prohibición de salir de los “ghettos”, en los que se les reduce cada vez más el racionamiento de alimentos; y, por último, internamiento en los campos de exterminio, con sus cámaras de gas y hornos crematorios. Y, no creas, procuramos que todo sea lo más alegre posible. Hay campos en los que se ha formado una orquesta y los sentenciados van a las cámaras a los sones de la “Viuda Alegre” y de “Los Cuentos de Hoffmann”. También cuidamos de que haya jardines, que se abonan con las cenizas de los judíos... De algo tienen que servir. ¿No te parece?

LUDWIG. — Pero... en todo eso tiene que haber mucha gente complicada. Puede ser peligroso.

NAZI. — No creas. El trabajo está muy fraccionado; la mayor parte ignora de qué se trata y, si lo sospecha, es más fácil seguir ignorándolo.

LUDWIG. — ¿Y si un día, ante ciertas órdenes, se preguntan...?

NAZI. — ¡ Se preguntan ! ¿ Sabes que te digo ? Has vivido demasiado tiempo en el extranjero. Ya no conoces a los alemanes. Jamás un alemán se pregunta nada ante una orden. Nuestro pueblo ha aprendido la necesidad de la disciplina. La ha aprendido tan bien, que hoy la obediencia es un reflejo condicionado.

LUDWIG. — Sin embargo...

NAZI. — (*Impaciente.*) Sin embargo, ¿ qué ?

LUDWIG. — Temo que la conciencia de esos hombres pueda rebelarse. ¿ Qué pasaría entonces ?

NAZI. — La conciencia. No existe tal cosa. “ Nuestra conciencia es Adolfo Hitler ”.

LUDWIG. — Franz : ma han dicho que en los campos de concentración, los encargados de las ejecuciones en masa se quejan de dolores de cabeza después de cada jornada.

NAZI. — Vaya, vaya. No te creía tan bien informado... Dolores de cabeza. ¿ Y a eso llamas tú conciencia ? Cuando la conciencia se refugia en un simple dolor de cabeza, es que está ya muy cerca de la liberación que desea el Führer : “ Liberaré a los seres humanos de la sucia, denigrante, venenosa locura llamada conciencia y moral ”. Dolores de cabeza. Son jornadas duras. ¿ Sabes ? ¿ Qué menos se puede tener que un dolor de cabeza ? Pero estoy pensando que el que va a coger dolor de cabeza, eres tú. Seguiremos hablando mañana. ¿ Qué te parece mi instalación ? ¿ Te gusta mi despacho ?

LUDWIG. — Magnífico. (*Mirando el Cristo y la lámpara.*) Siempre tuviste gustos artísticos.

NAZI. — Estos objetos son de coleccionista, ¿ sabes ? Pergaminos de piel humana tatuada.

LUDWIG. — (*Mirándolo con interés.*) ¡ Ah !

NAZI. — (*Señalando el sillón.*) Y este respaldo está hecho con la piel del pecho de una monja. ¡ Ja, ja, ja... ! Si en su vida no sirvió...

(*Se oye el grito histérico de HELGA, que se ha tapado los oídos con ambas manos y cae al suelo. Ellos corren*)

hacia ella. Se apaga la luz y como en sordina vuelve a oírse el himno nazi hasta que se ilumina la Sala de Justicia, donde está HELGA, como antes de la escena retrospectiva, tapándose los oídos con el mismo gesto de cuando gritó, y repitiendo...)

HELGA. — ¡No es mi padre! ¡No es mi padre!

1.ª Voz. — Ruego al señor Juez que se haga comparecer a la Guerra. Ella tendrá mucho que decir...

JUEZ. — Concedido. (*Al UJIER.*) Acompañe a la señorita Helga y que pase...

(Antes de acabar la frase, comparece la GUERRA, que nadie ha visto entrar. El UJIER ayuda a HELGA a salir.)

GUERRA. — No tienen necesidad de llamarme. Estoy siempre presente aun cuando no me ven. ¿Qué desean de mí?

(El JUEZ hace signo al espectador que habló de que puede seguir.)

1.ª Voz. — Es vergonzoso todo lo que hemos escuchado. Donde usted se mete no puede ya un hombre seguir siendo honrado.

GUERRA. — ¿Es para acusarme que me han llamado?

1.ª Voz. — Sí, para acusarla.

JUEZ. — (*Golpeando con el mazo.*) No se admite.

GUERRA. — Le ruego, Señoría, que admita su acusación. Puedo perfectamente defenderme. (*Dirigiéndose al público.*) Les aseguro que no hace falta invocar mi nombre cuando los hombres quieren matar. Con frecuencia lo hacen invocando la Paz. De vez en cuando se sienten poseídos por el demonio de la destrucción y todo pretexto es bueno para aniquilarse los unos a los otros. Yo, por lo menos, exalto los ideales patrióticos... Ustedes se entregaron en cuerpo y alma a un solo hombre. A un hombre que fue el asesino de millones de seres humanos. A un hombre. Yo no fui más que un pretexto a la locura homicida que se apoderó de los

nazis. No fue sólo a mis prisioneros a quienes se exterminó. Fue a millones y millones de judíos y eslavos que nada tenían que ver conmigo y a centenares de miles de alemanes, por el solo delito de ser pobres seres enfermos, débiles o viejos: “inútiles”. ¿Qué tengo yo que ver con todo ello? Contesten. ¿Qué tengo yo que ver? Digan si tienen ahora algo más de qué acusarme. Porque en Europa no oirán hablar de mí en muchos años, aunque allí estaré siempre yo. En nombre de lo más sagrado los hombres se matarán: el cristiano matará al cristiano, el hermano traicionará al hermano, pero mi nombre se ha hecho demasiado duro para ser escuchado por sus delicados oídos, para ser pronunciado por sus inocentes labios.

1.^a Voz. — No, nadie la quiere en su tierra, pero todos la quieren en tierra ajena.

GUERRA. — Pero al fin soy siempre yo la que gana. (*Saluda irónica y ceremoniosamente.*) Señoría... Señores... (*Sale.*)

1.^a Voz. — Márchate ya, perra. Y que no volvamos a verte.

Nota. — Los hechos a que se refieren las palabras del nazi son rigurosamente históricos y muchas de las frases que ponemos en sus labios están textualmente sacadas de documentos oficiales o diarios de Hitler, Himmler, Goering, Raushning, etc.

ESCENA CUARTA

JUEZ. — Que pase el cuarto testigo de la acusación.

UJIER. — Testigo cuarto.

(Entra un muchacho negro, vestido con pantalón y suéter cerrado, también negros. Sencilla dignidad en su porte.)

JUEZ. — Levante la mano derecha y preste juramento.

NEGRO. — Juro por Dios Todopoderoso decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

JUEZ. — Puede sentarse. El Ministerio Fiscal tiene la palabra.

FISCAL. — Con la venia. Diga: ¿qué cargos tiene usted contra el acusado?

NEGRO. — *(Vacilante.)* ¿Cargos...?

FISCAL. — Diga, diga sin temor.

NEGRO. — Nunca un hombre de color ha sido llamado a atestiguar contra un acusado tan importante.

FISCAL. — Nada tiene que ver el color ante este tribunal. La Justicia es la misma para todos.

(El NEGRO no contesta; parece atemorizado.)

FISCAL. — Vamos a ver: ¿de qué nacionalidad es usted?

NEGRO. — *(Irguiéndose con orgullo.)* Norteamericano.

FISCAL. — Una gran nación.

NEGRO. — Sí, señor.

FISCAL. — Con grandes posibilidades.

NEGRO. — No sé...

FISCAL. — Grandes riquezas.

NEGRO. — No sé...

FISCAL. — Una nación democrática y libre con oportunidades para todos.

NEGRO. — No sé...

FISCAL. — ¿Por qué contesta usted “no sé”?

NEGRO. — Porque... No sé...

FISCAL. — ¿No ha dicho usted que es norteamericano?

NEGRO. — Sí, señor.

FISCAL. — Entonces, debe usted saber que su país se precia de tener las leyes más democráticas del mundo, de defender la libertad y la justicia.

NEGRO. — Puede ser... Sólo que todo eso no es para nosotros.

FISCAL. — ¿No se rigen ustedes por las mismas leyes que los blancos?

NEGRO. — Sí, creo que últimamente las leyes dicen que los hombres de color somos iguales que los otros, aunque... aunque parece que un poco menos iguales.

FISCAL. — (*Encogiéndose de hombros.*) ¿Menos iguales? ¿Qué quiere usted decir? Todos los hombres son iguales ante la ley, debiera usted saberlo...

NEGRO. — (*Gesto de duda.*) Cuando queremos estudiar, o trabajar, o comer, o dormir... somos *menos* iguales.

FISCAL. — Explíquenos, por favor, en qué circunstancias se ha encontrado usted menos igual que los demás.

NEGRO. — (*Como recordando.*) Siempre... siempre...

(Se oye música de “espirituales negros”. Se apaga la luz y se enciende para la escena retrospectiva. El fondo está dividido en dos: una alta cortina negra, que cae en pliegues hasta el suelo y una puerta blanca de igual altura. Sigue la música durante toda la escena. Entra el NEGRO por la derecha con una maleta en la mano, como cansado de mucho caminar. Es de noche. Por la izquierda entra un viajero, también con maleta, y se dirige a la puerta blanca, que se abre para dejarle paso. Entra. El NEGRO va también hacia ella, pero al llegar se le cierra “en las narices”. Se queda un momento desconcertado, da unos pasos, mira a su alrededor y se pone en cuclillas, apoyado en la pared de la derecha. Esconde la cabeza entre los brazos como para dormir.

Se va haciendo de día. Entran por la izquierda dos o tres albañiles.. Ha de verse claramente en su vestir y útiles de trabajo. Se dirigen a la puerta blanca que se abre sola y entran. El NEGRO se levanta de prisa y va también hacia ella, pero, como la vez anterior, se le cierra de golpe. Se queda un momento parado frente a la puerta, luego vuelve al lugar de antes y se pone otra vez en cuclillas, pero sin dormir, siempre mirando a la puerta blanca.

Entran por la izquierda dos o tres estudiantes con libros bajo el brazo, camino de la escuela. Rien, se empujan y entran por la puerta blanca que, como las otras veces, se abre por sí misma. De nuevo el NEGRO se levanta, esta vez con indecisión y temor, y va a entrar; pero como las dos anteriores, también ahora se le cierra la puerta al llegar él.

Va retrocediendo hasta llegar donde antes estaba en cuclillas. Esta vez se queda de pie, apoyado a la pared. Entran dos FIELES, un hombre y una mujer, austeramente vestidos, con devocionarios en la mano y se dirigen a la puerta blanca. Ésta se abre y sale un PASTOR, que saluda a los FIELES que entran. El NEGRO se va acercando y el PASTOR le invita, con el gesto, a entrar. El NEGRO entra, seguido del PASTOR, y al poco sale, retrocediendo. Lentamente esta vez, se va cerrando la puerta blanca. El NEGRO se queda mirándola, de espaldas al público, hasta que se cierra.

Entonces se vuelve, despacio, y queda apoyado contra la puerta blanca. Durante la escena siguiente, irá levantando lentamente los brazos, hasta quedar como clavado en cruz: "Cristo negro" sobre el mundo blanco. La música de fondo se hace muy tenue.)

Nota. — En las representaciones se modificó algo esta escena, suprimiéndose el Viajero, los Albañiles, los Estudiantes, los Fieles y el Pastor. Sobre la puerta blanca se leía: Hotel - Contratas - Escuela. El NEGRO, después de llamar inútilmente por tres veces, queda, como se indica antes, con los brazos en cruz y canta un "espiritual". Luego se arrodilla, coge un puñado de tierra, que deja lentamente escurrir entre los dedos, mientras dice:

NEGRO. — ¡Cristo, hermano mío! ¿Por qué no podemos vivir juntos los blancos y los hombres de color? ¿No somos todos cristianos? ¿No viniste tú para enlazar nuestras manos? ¡Pueblo mío! ¡América! ¿No soy yo uno de tus hijos? ¿Por qué me rechazas y me sigues cerrando todas las puertas? Sin embargo el polvo de mis pies es el mismo que pisan los demás. Es la tierra nuestra, América. La tierra de nuestros padres, de nuestros abuelos. No recordamos ya otra tierra. ¿Qué te hemos hecho, América? ¿Qué te hemos hecho? Hemos labrado tus campos y recogido tus cosechas. ¿Y no podemos sentarnos a la mesa común? Nuestras madres cuidaron de tus hijos con ternura y fidelidad y hoy niegas a nuestros hijos un puesto junto a los tuyos. Ni jugar pueden bajo los mismos árboles de tus parques. ¿Qué te hemos hecho, América?... Nuestros padres ayudaron a construir tus ciudades y hoy nos niegas hasta el trabajo fácil de levantar tus viviendas... ¿Por qué? ¿Por qué? ¿No nos trajiste tú misma a esta tierra para construir juntos una gran nación? Nuestros hijos se han multiplicado, es verdad, como el trigo bien sembrado. Y hoy tus hijos nos temen... ¿Por qué, pueblo mío, por qué? No pedimos más que ellos, más que ser de verdad hermanos, como un día creímos serlo, al defender hombro contra hombro esta patria que amamos. Entonces nos creímos hermanos. ¿Sólo en la guerra, América? ¿Sólo en la guerra?

(El final ha de ser como un grito de desesperación. La música de fondo se eleva de tono, mejor que sea un coro.

El NEGRO se va dejando caer hasta quedar en el suelo, como sin sentido. Las luces han ido bajando hasta apagarse. Se ilumina la Sala de Justicia al tiempo que cesa la música. El NEGRO está caído, en la misma posición en que quedó en la escena anterior. El FISCAL hace un gesto al UJIER y éste le ayuda a levantarse. El NEGRO parece despertar de un sueño.)

2.^a Voz. — Señoría, ¿me permite una pregunta al testigo?

JUEZ. — Concedido.

2.^a Voz. — Vamos a ver : ¿cómo se entiende, si todas las puertas se os han cerrado, que tengáis en Norteamérica médicos, abogados, financieros de color?

NEGRO. — Señor Juez : no conozco a este señor ; ¿por qué me tutea?

JUEZ. — El testigo tiene razón. Ruego que no se permitan familiaridades improcedentes.

2.^a Voz. — ¡Bah! ¿No es la costumbre? No creí que tuviese importancia...

JUEZ. — Hoy *todo* tiene importancia.

2.^a Voz. — (*Molesto e irónico.*) Bien, señor, ¿quiere usted contestar a mi pregunta? ¿Cómo se entiende que tengan *ustedes* médicos, abogados...

NEGRO. — “Tokenism”.

2.^a Voz. — ¿Qué dice? No se le entiende.

NEGRO. — “Tokenism”.

2.^a Voz. — (*A sus vecinos.*) ¿En qué lengua estará hablando? (*Al NEGRO.*) Si no se expresa más claro...

NEGRO. — “Tokenism” es una palabra llena de sentido para nosotros...

2.^a Voz. — Pero que *nosotros* no entendemos.

FISCAL. — Señoría, ¿me da su venia para buscar en el diccionario el significado de esta palabra?

JUEZ. — (*Signo de asentimiento. Dirigiéndose al UJIER.*) Traiga un diccionario.

(*El UJIER va, y vuelve en seguida con él. El JUEZ le hace signo de darlo al FISCAL. Éste lo coge y consulta.*)

FISCAL. — To... Token... “símbolo, muestra, señal... Trozo de metal utilizado en vez de moneda, como para pagar el transporte en vehículos públicos dependientes de quienes venden estas fichas. *Tokenism* se dice del método consistente en la concesión de victorias meramente simbólicas por parte de los tribunales al socaire de los grandes principios; también el cumplimiento más limitado y literal de estas disposiciones, como por ejemplo la entrada en la Universidad de unos cuantos negros tan sólo, en representación y sustitución de todos los demás. Método de discriminación “legal” empleada en escuelas, puestos de trabajo, vivienda, derechos electorales y políticos”. Creo que está claro su significado. (*Dirigiéndose al NEGRO.*) ¿No es así?

NEGRO. — Sí, creo que sí. Una especie de moneda falsa.

2.^a Voz. — Que vosotros... Perdón, que *ustedes* están demostrando demasiada impaciencia por trocar en moneda contante y sonante.

NEGRO. — ¿Demasiada impaciencia?

2.^a Voz. — ¡Demasiada impaciencia!

NEGRO. — (*Con mansedumbre.*) Señor Juez: se acaba de celebrar el primer centenario de nuestra liberación... No quisiéramos tener que esperar al segundo.

2.^a Voz. — ¡Y por eso promueven ustedes desórdenes de toda suerte!

NEGRO. — Sólo buscamos la Justicia.

2.^a Voz. — El orden es antes que la Justicia.

NEGRO. — ¿Antes que la Justicia?

1.ª Voz. — (*Dirigiéndose a la 2.ª Voz.*) Parece mentira. Gentes como usted nos han llevado a todo esto.

JUEZ. — (*Golpeando con el mazo.*) Silencio. Silencio. (*Dirigiéndose a la 2.ª Voz.*) ¿Olvida usted que estamos *precisamente* en una Sala de Justicia? (*Al FISCAL.*) Ruego al Ministerio Fiscal que termine ya el interrogatorio del testigo.

FISCAL. — He terminado, Señoría. (*Al NEGRO.*) ¿Tiene usted algo más que decir?

NEGRO. — Sí. Pedirles que me perdonen, *que nos perdonen* si en nuestras palabras o en nuestros actos hubiese una impaciencia poco razonable... y si, por el contrario, es tanta nuestra paciencia que nos conformamos con algo menor que la fraternidad, pedirle perdón a Dios. (*Siempre con dignidad y sencillez.*) Gracias.

JUEZ. — El testigo puede retirarse.

(*El NEGRO saluda discretamente y sale.*)

JUEZ. — (*Se levanta.*) Se suspende la sesión, que reanudaremos dentro de quince minutos.

(*Salen él y el FISCAL, sin que caiga el telón.*)

Nota. — La expresión “menos iguales”, la explicación de la palabra “tokenism” y la última frase del NEGRO son de Martin Luther King, en su libro “Por qué no podemos esperar”. También la frase “El orden es antes que la Justicia” se cita en dicho libro como figurando en pancartas al frente de una manifestación segregacionista en 1953.

ESCENA QUINTA

(Entran el JUEZ y el FISCAL, sentándose cada uno en su sitio. El UJIER entra también y se queda cerca de la puerta.)

JUEZ. — Se reanuda la sesión. Que pase el quinto testigo de la acusación.

UJIER. — Testigo quinto.

(Entra el CARDENAL: Unos sesenta años; sotana negra y cruz pectoral; dignidad en su porte. Se apoya en un bastón y tiene el aspecto de una persona hondamente herida, en su ser físico y moral.)

JUEZ. — Levante la mano derecha y preste juramento.

CARDENAL. — No puedo jurar.

JUEZ. — ¿Por qué, Eminencia? No se le pide más que, con toda libertad, declare la verdad, según su conciencia.

CARDENAL. — No estoy seguro de poseer en todo momento esa integridad de la conciencia que hace posible nuestra libertad y nos permite discernir claramente la verdad...

JUEZ. — Puede sentarse, Eminencia... Dígame: ¿Cómo puede usted, un sacerdote, dudar de su propia integridad y del libre albedrío? Explique, por favor.

CARDENAL. — Por este mismo albedrío que Dios nos ha concedido, puede hoy el Hombre violar la más secreta intimidad de sus semejantes y hacerse dueño de su voluntad. No, no podemos ya estar seguros de ser enteramente libres. [La violencia hecha al Hombre ha alcanzado límites extremos. Hemos ido mucho más

allá de la pena de muerte. Ésta implicaba todavía un cierto respeto por el alma inmortal]; hoy los hombres han llegado a atacar el fundamento de la personalidad, esa síntesis creadora que es la conciencia. Comprendan, se lo ruego, Señoría. No me pidan un juramento que no estoy seguro de poder mantener.

JUEZ. — Concedido. Creemos en su sola palabra.

CARDENAL. — Gracias, Señoría.

JUEZ. — El Ministerio Fiscal tiene la palabra.

FISCAL. — Con la venia. Le ruego, Eminencia, que nos aclare cuanto acaba de decir; ¿en qué forma se ha atacado la personalidad humana?

CARDENAL. — Desintegrándola. [La personalidad no es ésta o aquella cualidad del Hombre, sino una síntesis de los diversos elementos que lo integran, una unidad superior a cualquiera de estos elementos e independiente de ellos, siendo la conciencia como el aglutinante que mantiene su unidad y la crea en todo momento] y esa desintegración de la conciencia implica la destrucción de la personalidad. Hoy la ciencia está en manos de unos hombres que, por no creer en Dios, no respetan su obra creadora en el Hombre.

FISCAL. — Usted habla de “desintegración” de la personalidad. ¿Existe acaso algún paralelismo con el mayor descubrimiento científico de nuestros tiempos, la desintegración del átomo?

CARDENAL. — Cada época vive y actúa bajo un signo que le es propio, impulsada por una idea directriz que mueve a la Humanidad, y esta idea está siempre en tensión entre dos polos. Por una parte, la idea positiva, el principio creador de unidad en todos los sectores. En el otro extremo encontramos el principio de destrucción, tanto en el dominio del espíritu como en el de la materia: la desintegración. Todos conocemos los terribles efectos de la desintegración del átomo, pero ¿han pensado ustedes alguna vez en la personalidad humana desintegrada y *reintegrada* a voluntad? ¿Han pensado ustedes en lo que significa ese crimen supremo de la violación de las conciencias, de la disolución del Hombre por el Hombre?

FISCAL. — Acaba usted de acusar al Siglo XX del mayor de los crímenes. ¿Podría usted explicarnos de qué medios se ha valido para atacar y destruir ese reducto que hasta hoy se ha considerado inviolable: la conciencia y la libertad moral del hombre? ¿Podría usted relatarnos la historia de su propio proceso de despersonalización?

CARDENAL. — Lo haré, hasta donde me sea posible recordar. Era un sábado por la tarde. Yo estaba trabajando en mi despacho, cuando de repente se presentaron dos individuos de la policía con orden de detención. Hacía tiempo que esperaba que esto ocurriese. Les seguí sin oponer resistencia. Sabía que iba a empezar mi calvario, aunque no podía imaginar entonces lo que iban a hacer de mí. Sin darme la más mínima explicación, me llevaron a una cárcel alejada de la ciudad y me encerraron en lo que luego he sabido llamarse “torre del silencio”. Allí, aislado por completo de todo ser humano y de toda referencia a la vida exterior, sin noción del día y de la noche, el tiempo deja de existir; el sueño, el hambre, las comidas..., todo parece sobrevenir de un modo arbitrario, en el momento menos pensado. Al dejar de existir el ritmo normal de la vida, nos invade una completa desorientación, y nuestros reflejos, condicionados por mucho años de hábito, dejan de ser el soporte de nuestras acciones y de nuestro psiquismo. Es el vacío, el silencio absoluto; y en estas condiciones sólo una poderosa voluntad y un constante esfuerzo nos permiten conservar la normalidad. No sé cuánto tiempo llevaba, sumido así en el vacío, cuando de pronto una voz pareció llenarlo todo, alrededor de mí y en mi mismo interior.

(Se apaga la luz y se oye una voz como resonando en el vacío. Al extremo izquierdo del escenario, junto a las candilejas, se ilumina un gran reloj redondo cuyas agujas dan vueltas a lo loco. Al empezar el interrogatorio, el reloj se normaliza y va corriendo a un ritmo uniforme. La escena retrospectiva se desarrolla en una celda, a poder ser redonda, encalada de blanco. En las paredes, nada. Sólo una mirilla enrejada sobre la puerta y, encima, una débil luz azulada. El CARDENAL está tendido en un camastro; se enciende un potente reflector que, a través de la

mirilla, le enfoca. Se levanta, sobresaltado por la voz que resuena y no sabe de dónde viene y por el reflector que le deslumbra dolorosamente. Si le vuelve la espalda, la luz se refleja frente a él en la pared blanca; si trata de dar media vuelta para huir del foco, éste le sigue implacablemente. Durante la escena en la "torre del silencio" esta persecución del CARDENAL por el reflector ha de ser un elemento expresivo. El CARDENAL, unos diez años más joven, sin bastón, es un hombre entero y enérgico.)

VOZ ACUSADORA. — ¡Levántese, Cardenal Klenty! Preste atención. Le vamos a leer las acusaciones que pesan sobre usted. Se le acusa de alta traición a su patria y a la democracia del pueblo. Esta acusación se basa en los hechos siguientes, debidamente comprobados: Usted, Cardenal Klenty, ha vendido secretos de Estado a Norteamérica, habiendo recibido por ello miles de dólares a través de la embajada de los Estados Unidos. Ha mantenido correspondencia clandestina con varios países extranjeros, sirviéndose para ello de las altas jerarquías de la Iglesia. Ha incitado al pueblo a la rebelión contra el Estado y a la desobediencia a sus leyes. Cardenal Klenty, ¿confiesa usted la verdad de estas acusaciones?

CARDENAL. — (*Buscando a quien dirigirle, se vuelve un momento de cara a la mirilla.*) No; todo ello es falso y ustedes lo saben.

VOZ ACUSADORA. — Si no se aviene usted a firmar una sincera confesión tendrá que soportar largos interrogatorios hasta que se convenza de la necesidad de reconocer sus crímenes.

CARDENAL. — No he cometido ningún crimen. ¿Qué quieren de mí?

VOZ ACUSADORA. — Queremos solamente que se arrepienta del daño que ha causado, que lo declare así públicamente el día de la vista de su causa y que esté a nuestro lado para que la Iglesia defienda en todo momento los intereses del pueblo.

CARDENAL. — ¿Qué otra cosa ha hecho siempre la Iglesia? No puedo arrepentirme de crímenes que no he cometido, ni declarar

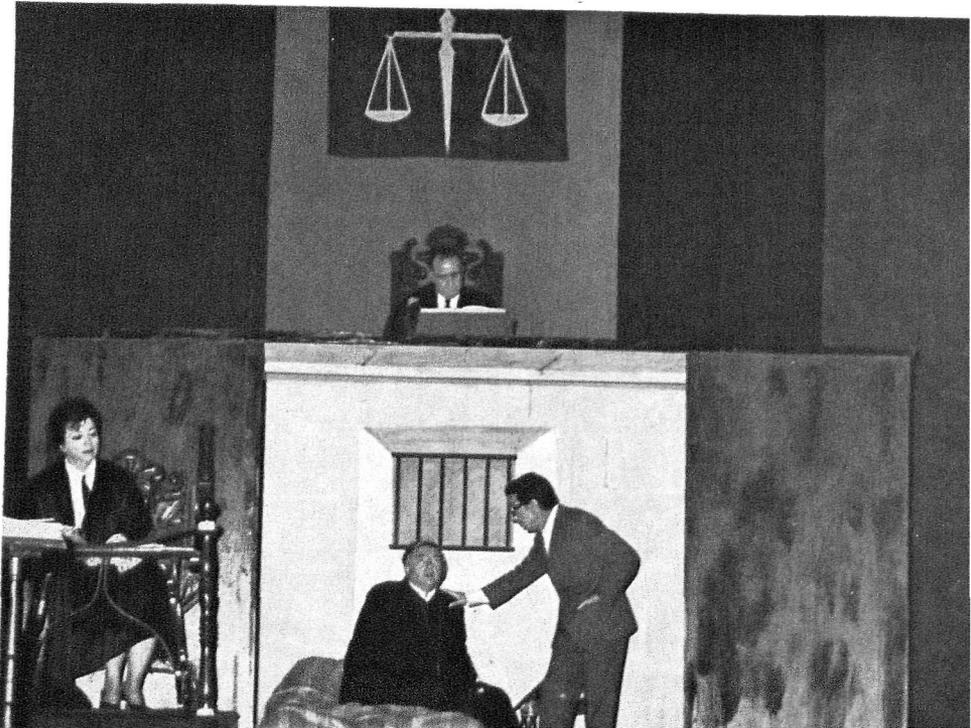


ESCENA 4.^a — Francisco Kraus, en el papel de “Negro”;
a la izquierda: Pilar Alonso, en el papel de “Fiscal”;
al fondo: Antonio Vázquez, en el papel de “Juez”.

ESCENA 5.^a — José Manuel Fernández, en el papel “Cardenal”.



José Guijarro, en el papel de “Comunista 1.º”.



contra la Verdad, ni estar a vuestro lado. Podréis quitarme la vida y la libertad, pero no podréis quebrantar mi fe.

VOZ ACUSADORA. — No queremos quitarle la vida ni la libertad. El comunismo no quiere obediencia sino fervor; no quiere esclavos sino adeptos.

CARDENAL. — Y para ello os valéis de la violencia en todas sus formas, en nombre de la libertad y de la dignidad del hombre.

VOZ ACUSADORA. — Por lo menos reconoce usted que ése es el ideal que perseguimos.

CARDENAL. — Cuando parte de la Humanidad olvida la fuente de que mana todo ideal [y pretende erigirse en bien supremo], cae precisamente en lo contrario de cuanto buscó.

VOZ ACUSADORA. — ¿No le parece un ideal bastante alto la felicidad que buscamos para los hombres?

CARDENAL. — ¿Felicidad? Estáis negando toda felicidad a los hombres; los habéis sumido en un estado de miseria y de desesperación, buscando un mañana mejor. [Pero es hoy, hoy, que cada uno de nosotros ha de vivir. Es una sola, la vida que se nos ha concedido sobre la tierra.]

VOZ ACUSADORA. — El comunismo viene a restablecer la integridad de la vida humana.

CARDENAL. — ¡Integridad! ¿Y negáis la más importante dimensión del Hombre: la inmortalidad? [No, no puedo estar de acuerdo con vosotros. Pretendisteis abolir el Estado y habéis caído en la mayor de las tiranías que ha conocido la Historia. Quisisteis la independencia absoluta del Hombre y le habéis atado a lo que más le esclaviza: A la materia. Para el Hombre no existe más absoluto posible que Dios. Por eso todos los falsos absolutos tras de los que os afanáis se han vuelto contra vosotros...]

(El CARDENAL se deja caer, cansado, sobre el camastro, pero se levanta de nuevo, haciendo un gran esfuerzo, en cuanto suena la VOZ.)

VOZ ACUSADORA. — Levántese. Le hemos dejado hablar cuanto ha querido. Ahora, quédese de pie y conteste a nuestras preguntas. A no ser que haya reflexionado y quiera ya firmar su confesión... Se cansará antes que nosotros, se lo prevengo. (*El CARDENAL se mantiene en actitud firme.*) Vamos a turnarnos en el interrogatorio, cuantas horas y cuantos días sean necesarios. Y usted está solo. (*El CARDENAL cruza las manos en muda oración.*) No presume de su fortaleza. Las fuerzas de un hombre tienen su límite.

CARDENAL. — Dios es mi fortaleza. Podréis quebrantar mi cuerpo, pero no mi voluntad.

VOZ ACUSADORA. — Tenemos medios no sólo para quebrantar su voluntad, sino para penetrar en lo más íntimo de su conciencia...

CARDENAL. — (*Sobresaltado.*) No tenéis derecho.

VOZ ACUSADORA. — Como representantes de la colectividad, tenemos todos los derechos.

CARDENAL. — La integridad de la persona es sagrada.

VOZ ACUSADORA. — Sólo el Estado lo es: y usted lo ha traicionado.

CARDENAL. — Ya os he dicho que no es verdad.

VOZ ACUSADORA. — ¿No es verdad que ha mantenido correspondencia secreta con el Vaticano y con otros estados?

CARDENAL. — Sí, es verdad, pero eran asuntos...

VOZ ACUSADORA. — (*Interrumpiéndole.*) Límitese a contestar si es o no es verdad. ¿No es verdad que se ha entrevistado en varias ocasiones con el Embajador de los Estados Unidos?

CARDENAL. — Sí, es verdad.

VOZ ACUSADORA. — ¿No es verdad que recibió de él varios miles de dólares?

CARDENAL. — Sí, es verdad.

VOZ ACUSADORA. — ¿No es verdad que en cartas pastorales ha dispensado a los católicos de la obediencia al Estado?

CARDENAL. — Sí, es verdad. (*Impaciente por no poder dar explicaciones.*)

VOZ ACUSADORA. — Si usted mismo confiesa que todo es verdad firme ya de una vez su confesión.

CARDENAL. — No.

VOZ ACUSADORA. — ¿Por qué?

CARDENAL. — Porque son verdades fragmentarias que vosotros habéis convertido en una inmensa mentira.

[VOZ ACUSADORA. — Entonces, para usted, ¿la verdad puede dejar de ser verdad?]

[CARDENAL. — Todo deja de ser, al desintegrarse.]

[VOZ ACUSADORA. — Se equivoca, sólo el análisis permite la investigación.]

[CARDENAL. — El análisis desnaturaliza los fenómenos. Sólo la síntesis es creadora.]

[VOZ ACUSADORA. — (*Irónico.*) Tiene razón. Por eso después del “análisis” le “sintetizaremos” de nuevo.] Conteste: ¿Es verdad que...?

(El CARDENAL se tapa los oídos con las manos con desesperación. Se apaga el reflector. El reloj marca rápidamente cuatro vueltas completas, parándose un poco cada doce horas. En total, desde el principio de la escena, ha de haber marcado ochenta horas. Mientras el reloj va marcando estas últimas vueltas, se oyen de modo obsesivo las preguntas, como ametrallando al CARDENAL. Han de estar hechas por distintas voces.)

VOCES ACUSADORAS. — ¿Es verdad que habló secretamente con el Embajador de los Estados Unidos? ¿Es verdad que ha mantenido correspondencia secreta con representantes de otros

Estados? ¿Es verdad que ha recibido dinero del extranjero? ¿Es verdad que ha traicionado la causa del pueblo? ¿Es verdad? Diga. ¿Es verdad?

(Se para el reloj y se enciende de nuevo el reflector. El CARDENAL está de pie, pero visiblemente agotado: la barba crecida, las mejillas y los ojos hundidos. Aturdido, ya no sabe lo que contesta, de modo jadeante.)

CARDENAL. — Si..., si..., no... *(Se tambalea y cae.)*

(Se abre la puerta y entran dos comunistas. Uniformes adecuados. Uno de ellos, joven —COMUNISTA 2.º— siempre pronto a ayudar al otro y a aprender de él. El COMUNISTA 1.º se agacha y le toma el pulso al CARDENAL. Luego, ayudado por el COMUNISTA 2.º, le tiende sobre el camastro y le desabrocha el cuello de la sotana y de la camisa.)

COMUNISTA 1.º — Quítale los zapatos, es preciso reactivar la circulación. ¡Ochenta y dos horas!... *(Dándole masaje en las piernas.)* No me extraña que tenga las piernas edematosas. Veintisiete tazas de café con Actedrón ha tomado durante las últimas doce horas.

COMUNISTA 2.º — Me pregunto cómo ha podido resistir, camarada doctor; ¿qué vamos a hacer si se muere?

COMUNISTA 1.º — Generalmente no se mueren. Y éste tiene una fortaleza extraordinaria. Todavía nos va a dar trabajo. Aunque lo más duro está hecho. [El cansancio extremado a que le hemos sometido ha intoxicado las células nerviosas de su cerebro, haciendo que éste deje en parte de funcionar y preparándole así para aceptar fácilmente cualquier sugestión. Ahora mi trabajo va a consistir en destruir su personalidad y modificarla según nos convenga. No es difícil, con la ayuda de ciertas drogas que relajan totalmente la voluntad y causan una verdadera “desintegración” de la mente: un caos en el que no es posible razonar lógicamente. En este estado no se es consciente más que de un solo hecho o un solo campo de la memoria. Al no poder establecer relaciones lógi-

cas fácilmente le llevaremos a juzgar de modo erróneo, incluso de su propia conducta.]

COMUNISTA 2.º — ¿Tú crees? Parecía un hombre tan seguro.

COMUNISTA 1.º — Dentro de unos momentos vas a ver a aquel hombre fuerte y seguro de sí mismo, como cera entre mis manos...

COMUNISTA 2.º — Eres un gran sabio, camarada, y te agradezco que me permitas aprender a tu lado.

COMUNISTA 1.º — Aprende esto, ante todo: no hay conciencia ni moral que no tengan al cerebro como vehículo. Actuando sobre él podemos modificar la personalidad. ¿Te das cuenta de cuál es nuestro poder? (*Durante el diálogo anterior le ha ido dando masaje, en las piernas y en el pecho.*) Trae un café con leche. Es preciso, ahora, alimentarle. Mientras, le daré la primera inyección.

(El COMUNISTA 2.º sale y el 1.º le levanta una manga al CARDENAL y, lentamente, le pone una inyección intravenosa. Vuelve el COMUNISTA 2.º con el café con leche.

Sale. El CARDENAL empieza a volver en sí, pero ya durante el resto de la escena se demostrará muy débil y vacilante, siempre bajo el control del COMUNISTA 1.º, el cual, acercándole el café con leche, le ayuda a incorporarse y a tomarlo.)

COMUNISTA 1.º — Va usted a tomar un café con leche. Verá como se siente mejor después; incorpórese, así, luego hablaremos como buenos amigos. Me contará usted y yo le aclararé muchas cosas que quizá no comprenda. Desde hoy estaré siempre a su lado cuando desee charlar un rato. Verá, Eminencia, hay muchos temas interesantes de que vamos a tratar: “Estado e Individuo”, “Persona y Colectividad”... Porque el individuo no es nada, nada. Nos debemos por completo a la colectividad. ¿Comprende? Repita conmigo. “No somos nada, nos debemos al Estado”.

CARDENAL. — Nos debemos al Estado.

COMUNISTA 1.º — Ha de reconocer, Eminencia, que hasta ahora no lo había comprendido así.

CARDENAL. — No.

COMUNISTA 1.º — Ahora va usted a ser fiel a la causa del pueblo, porque se siente muy arrepentido de no haber estado, antes, a su lado. *(Con reproche.)* Un sacerdote. Confiese que siente remordimiento, ¿verdad?

CARDENAL. — Yo, no..., no sé...

COMUNISTA 1.º — Claro que lo sabe. Está profundamente arrepentido, y así debe declararlo el día de la vista de su causa. Un sacerdote debe decir la verdad y confesar sus culpas. Sé que siente remordimientos. Siente remordimientos...

(Se apaga la luz y se sigue oyendo la voz del comunista.)

VOZ ACUSADORA. — Siente remordimientos. Confíeselo. Confiese que traicionó al Pueblo, pero que ahora está usted a su lado. Ahora es usted fiel a la democracia popular, es fiel a la democracia popular, es fiel...

(Se ilumina de nuevo la Sala de Justicia, con el CARDENAL como en la primera parte de la escena.)

CARDENAL. — *(Con desesperación, pero siempre con dignidad.)* ¿Comprenden? ¿Comprenden ahora por qué no me atrevo ya a jurar? ¿Se dan cuenta de lo que hicieron conmigo? ¿Se dan cuenta de lo que se ha hecho con el Hombre? No tengo más que decir, Señoría. ¿Permiten que me retire?

JUEZ. — Gracias, Eminencia. Le rogamos nos perdone el cansancio que le hemos causado. Puede retirarse.

(El CARDENAL saluda y, lentamente, apoyado en su bastón, sale.)

ESCENA SEXTA

JUEZ. — Que pase el sexto testigo de la acusación.

UJIER. — Testigo sexto.

(Entra un OBRERO de unos cuarenta años.)

JUEZ. — Levante la mano derecha y preste juramento.

OBRERO. — Juro por Dios todopoderoso decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

JUEZ. — Siéntese. El Ministerio Fiscal tiene la palabra.

FISCAL. — Con la venia. ¿Qué profesión tiene usted?

OBRERO. — Soy mecánico.

FISCAL. — Le ruego nos diga en qué país conoció al acusado.

OBRERO. — ¿En qué país? ¿Qué importa? En todas partes lo he conocido igual: egoísta, cruel, inhumano.

2.^a Voz. — Señoría, ¿me permite unas palabras al testigo?

JUEZ. — Concedido.

2.^a Voz. — ¿Cómo puede usted hablar así? Nunca gozaron los obreros de las prerrogativas y hasta de las comodidades de que gozan hoy.

1.^a Voz. — Vaya. Eso faltaba. ¿Ahora acusa usted al testigo?

JUEZ. — Silencio.

OBRERO. — Antes hablábamos con hombres. ¿Entiende? Por lo menos hablábamos con hombres. Hoy tenemos que tratar con... "Funcionarios". *(Pronuncia esta palabra con marcado asco.)*

2.^a Voz. — ¿Qué tiene usted que decir de los funcionarios? ¿Cómo marcharía sin ellos la máquina del Gobierno?

OBRERO. — (*Irónico.*) ¿La máquina del Gobierno, eh? Usted lo ha dicho: se han convertido en máquinas.

JUEZ. — Basta ya. Puede seguir el Ministerio Fiscal.

FISCAL. — Límitese a contarnos su propia experiencia.

OBRERO. — Puede que no sea la misma para todos. Pero yo me siento de la mía. Mi hijo no hubiera muerto si... (*De repente, mirando al público.*) Pero... llámeme, señor Juez, dígame que venga a declarar. (*Señalando con el índice acusador.*) Es él, allí está. Escondido entre la multitud como entonces entre sus malos papeles. Hágalo venir, señor Juez.

JUEZ. — El Tribunal ruega al aludido que se presente a declarar.

(*Nadie se mueve.*)

OBRERO. — Usted, usted. Venga. Es usted el Funcionario, ¿no? Hace tiempo que nos conocemos.

JUEZ. — Silencio. Vuelvo a rogar al aludido que se presente a declarar.

(*De entre los espectadores se levanta, indeciso, el FUNCIONARIO. Muy corto de vista, sube al escenario con dificultad, tropezando. El UJIER se adelanta y le acompaña a su puesto. Saluda, inclinándose, obsequioso, ante unos y otros, como un autómatas, indeciso, como perdido.*)

2.^a Voz. — ¿Qué viene a hacer ése aquí?

1.^a Voz. — Creo que ése va a tener mucho que decir.

JUEZ. — Silencio en la Sala. Levante la mano derecha y preste juramento.

(*El FUNCIONARIO se queda impassible, como si no le hablasen a él.*)

JUEZ. — (*Levantando la voz.*) Ruego al testigo que preste juramento.

FUNCIONARIO. — ¡Ah! ¿Es a mí? Yo... yo nunca he sido testigo de nada.

JUEZ. — Usted, como todos, es un testigo de su época.

FUNCIONARIO. — Yo... (*Como buscando a su alrededor.*) No sé qué tengo que decir.

JUEZ. — Diga: Juro por Dios todopoderoso (*El testigo va repitiendo.*) decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

(Busca ansiosamente a su alrededor, agachándose y mirando en el suelo.)

FISCAL. — ¿Qué busca usted?

FUNCIONARIO. — Mis papeles. ¿Dónde están mis papeles?

FISCAL. — Aquí no necesita usted ningún papel.

FUNCIONARIO. — ¿Cómo voy a saber decir la verdad si no puedo consultar los expedientes?

(Durante la escena anterior, el OBRERO se ha mantenido hosco, como ausente. Ahora, al oír hablar de los expedientes, mira al FUNCIONARIO con indignación y da un puñetazo sobre la barra que tiene delante.)

OBRERO. — ¡Malditos expedientes! ¿Pero, aún está usted en esas?

FUNCIONARIO. — ¿Qué tiene usted que decir, eh? Si no fuese por usted y por todos los de su calaña, probablemente hubiese sido otra mi vida. No les basta que todo se les dé masticado, que todavía se quejan siempre.

OBRERO. — ¿Cómo se atreve? Es usted un funcionario del Estado, y su obligación...

FUNCIONARIO. — Sí, sí, claro. El Estado tiene todas las obligaciones. Me gustaría saber cuáles les quedan a ustedes.

FISCAL. — Bueno, señores, se están desviando de la cuestión. Les ruego que, con orden, nos expliquen en qué momento intervinieron ustedes en la vida del acusado y en qué forma. (*Al OBRERO.*) Empiece.

OBRERO. — Llevaba cuatro años de casado. Como al casarme no éramos familia numerosa, no teníamos derecho a solicitar vivienda.

FISCAL. — ¿No podían quedarse a vivir con los padres del uno o del otro?

OBRERO. — Vivían en el campo.

2.^a Voz. — Y, claro, usted prefería la ciudad.

JUEZ. — Silencio. Siga.

OBRERO. — Entonces nos metimos en una chabola. Sin luz, sin agua, con el viento que se colaba por todas las rendijas. Nació el niño y un día vinieron a hacer una inspección. Supongo que a aquellas señoras les pareció algo incómoda nuestra casa. Quizá les molestaba el compararla con las suyas. O quizás al regresar a sus comodidades y recordar nuestra “casa” le daban gracias a Dios. Cualquiera sabe. Pero nosotros esperábamos, esperábamos. El niño no paraba de toser. Las ratas... bueno, en invierno todavía nos defendíamos de ellas tapándonos cabeza y todo, pero en verano nos pasábamos las noches espantándonos para que no mordieran al niño. Como le pasó a mi vecino, señor Juez, que...

JUEZ. — Abrevie, por favor. Omita los detalles.

OBRERO. — ¿Los detalles? ¡Es toda nuestra vida!

JUEZ. — Diga: ¿por qué ha solicitado usted la presencia del Funcionario?

OBRERO. — (*Al FUNCIONARIO.*) Cuénteles, cuénteles. Hace tiempo que nos conocemos, ¿eh?

JUEZ. — (*Al FUNCIONARIO, que se marchaba.*) Conteste.

FUNCIONARIO. — Cinco años, señor Juez. Cinco años que este hombre no para de incordiarnos a todos. Día tras día llega con sus exigencias.

(Se apaga la luz de la Sala y se ilumina para la escena retrospectiva: una oficina pública. Ventanilla sobre la que se cambiará el letrero según los casos: "Vivienda" o "Enfermedad". Los letreros los cambiará el mismo FUNCIONARIO que está en la ventanilla. Al iluminarse el escenario el letrero dice "Vivienda" y está cerrada la ventanilla. Entra el OBRERO y al ver que está cerrada, consulta su reloj.)

OBRERO. — Las diez y media. *(Mira el letrero del horario.)* De diez a doce. Tendría que estar abierto. *(Espera un momento, mira por si ve a alguien y se decide a dar unos discretos golpecitos en la ventanilla. Se oye la voz impaciente del FUNCIONARIO.)*

FUNCIONARIO. — Ya va... Ya va... Un poco de paciencia. *(Abre.)* Usted dirá.

OBRERO. — Buenas... Me dijo usted que volviera esta semana. ¿Qué se sabe de las casas?

FUNCIONARIO. — Nada. Nada por ahora. La mujer del Presidente está enferma.

OBRERO. — Bueno. ¿Y a mí qué me importa la mujer del Presidente?

FUNCIONARIO. — *(Se encoge de hombros.)* A usted no le importará, pero...

OBRERO. — ¿Me quiere decir qué tiene que ver esa señora con las casas?

FUNCIONARIO. — ¿Cómo que qué tiene que ver? Es la madrina del barrio. Tiene que asistir a la inauguración.

OBRERO. — ¡Ah, ya! Y después se tendrá que hacer un traje para lucirlo ese día, y después... *(Gesto o exclamación de impaciencia.)* ¡Maldita sea! Y, ¿está muy mala?

FUNCIONARIO. — No. Creo que una gripe. Estos fríos, ¿sabe?

OBRERO. — ¡Que si lo sé!

FUNCIONARIO. — Vuelva dentro de unos días. Y traiga el resguardo. Veremos.

OBRERO. — Bueno, hombre, bueno, adiós.

(El FUNCIONARIO cierra bruscamente la ventanilla. El OBRERO se marcha. El FUNCIONARIO abre de nuevo la ventanilla y, asomándose por ella, quita el letrero que dice "Vivienda" y coloca otro que pone "Enfermedad". Se pone a fumar un cigarrillo. Vuelve a entrar el OBRERO.)

OBRERO. — Buenas. Mi hijo está enfermo, vengo a arreglar los papeles para el médico.

FUNCIONARIO. — *(Tarda en contestar, continúa fumando, luego, lentamente, siempre fumando.)* ¿A qué distrito pertenece?

OBRERO. — Al 17.

FUNCIONARIO. — Suba al tercer piso y que le den un impreso.

(Se marcha el OBRERO rápidamente y al poco tiempo vuelve, con un papel en la mano. Mientras el OBRERO está fuera, el FUNCIONARIO se entretiene haciendo volutas con el cigarrillo.)

OBRERO. — Tenga.

FUNCIONARIO. — Bueno; ya se han olvidado de darle el volante amarillo. Suba otra vez y diga que le den un papel amarillo.

OBRERO. — ¡Otra vez! *(Sale de prisa y vuelve con un papel amarillo que entrega al FUNCIONARIO. Éste lo coge, lo une al otro con un "clip", todo lentamente.)*

FUNCIONARIO. — Ahora vaya al estanco de la esquina, compre una póliza y me la trae.

OBRERO. — ¡Caray! Como si uno no tuviera nada que hacer. ¿No podrían tenerlo todo aquí?

FUNCIONARIO. — Oiga. Si no le gusta el sistema, con no venir a molestar...

(El OBRERO va a decir algo, violento, pero se calla, dando un puñetazo sobre el tablero. Se marcha y vuelve con la póliza, que entrega al FUNCIONARIO. Éste saca un impreso y lo pone delante del OBRERO.)

FUNCIONARIO. — Escriba aquí: nombre del padre, nombre de la madre, nombre del niño, edad, sexo, calle, número, enfermedad.

OBRERO. — ¿Enfermedad? Yo no soy el médico, ¿sabe? ¿Para qué cree que estoy aquí?

FUNCIONARIO. — Ponga de qué se queja.

OBRERO. — *(Escribiendo.)* Dolor de garganta.

FUNCIONARIO. — *(Como hablando para sí mismo.)* Y por un dolor de garganta tienen que molestar al médico. A ver; ¿ya está? Ahora vaya al segundo, entregue estos papeles y le darán un resguardo. Vuelva pasado mañana.

OBRERO. — ¿Pasado mañana?

FUNCIONARIO. — Pasado mañana. ¿O es que no hablo claro?

OBRERO. — ¿Pero el niño está enfermo!

FUNCIONARIO. — Tendrá que esperar su turno. Los médicos están en huelga y sólo hay un servicio de urgencia.

OBRERO. — ¿Cómo! ¿Los médicos en huelga? ¿Está usted loco?

FUNCIONARIO. — ¿Oiga! ¿Sin insultar, eh!

OBRERO. — Pero ¿no comprende que eso es imposible?

FUNCIONARIO. — ¿Imposible? ¿Por qué? Son trabajadores, ¿no? Tienen derecho a hacer huelga.

OBRERO. — *(Dando un puñetazo.)* ¡No! Un médico es diferente.

FUNCIONARIO. — Conque, *diferente*, ¿eh? Creía que todos éramos iguales.

OBRERO. — Déjese de cuentos. Mi hijo está enfermo. ¿No lo comprende?

FUNCIONARIO. — Vuelva pasado mañana. Si por el papel que ha rellenado comprenden que es urgente, le mandarán el médico que esté de turno.

OBRERO. — Deme la dirección del Servicio de urgencia. Yo mismo me ocuparé.

FUNCIONARIO. — ¿Y cómo quiere que yo lo sepa? Déjeme tranquilo de una vez. Mire el montón de expedientes que tengo que revisar. ¡Márchese ya!

(El OBRERO hace un gesto hacia él, luego, como diciendo "es inútil", se marcha lentamente, desalentado. El FUNCIONARIO se asoma a la ventanilla y cambia el letrado por el de "Vivienda". El OBRERO entra de nuevo con desánimo. Se acerca a la ventanilla y tiende al FUNCIONARIO un resguardo que queda sobre el tablero.)

OBRERO. — ¿Ya está buena la mujer del Presidente?

FUNCIONARIO. — Sí. *(Sin levantar la vista de lo que está escribiendo.)*

OBRERO. — Menos mal. ¿Entonces...?

FUNCIONARIO. — *(Distraído.)* ¿Entonces, qué?

OBRERO. — *(Gritando.)* ¡Que cuándo me dan la casa!

FUNCIONARIO. — *(Levantando al cabeza.)* ¡Ah, no sé...!

OBRERO. — ¿Que no sabe? ¡Maldita sea!

FUNCIONARIO. — *(Volviéndose a poner a escribir, en tono indiferente.)* Creo que el Presidente está de viaje. Vuelve la semana entrante. Pero entonces habrá que esperar a que prepare el discurso. Y hay varios días de fiesta. Vuelva.

OBRERO. — (*Dando un puñetazo.*) ¡Vuelva, vuelva, vuelva!
¿Es lo único que sabe decir? ¿No comprende...?

FUNCIONARIO. — (*Impacientándose.*) No comprendo más que lo que está escrito aquí. (*Golpeando los papeles.*) Ni tengo por qué comprender otra cosa. Los expedientes, he aquí lo único que comprendo, lo único que me interesa. ¿Se entera?

OBRERO. — (*Mirándole con desprecio.*) ¿No tiene usted sentimientos?

FUNCIONARIO. — ¿Y eso, qué es?

(*El OBRERO, indignado, alarga la mano para coger el resguardo. El FUNCIONARIO le coge la mano, mirándole la palma.*)

FUNCIONARIO. — ¿Qué oficio tiene? ¿Carpintero? ¿Mecánico?

OBRERO. — (*De mala gana, retirando la mano.*) Mecánico.

FUNCIONARIO. — ¿Podría trabajar sin esas durezas que le protegen la piel? Pues yo tengo durezas en los “sentimientos”.

(*Se apaga la luz y se ilumina la Sala de Justicia, donde está otra vez el OBRERO.*)

OBRERO. — (*Dirigiéndose al público.*) Y mi hijo murió. ¿Comprenden? Murió porque los médicos estaban en huelga, y porque la mujer del Presidente..., y por que el Presidente..... y porque a aquel tipo sólo le interesaban los “expedientes”!

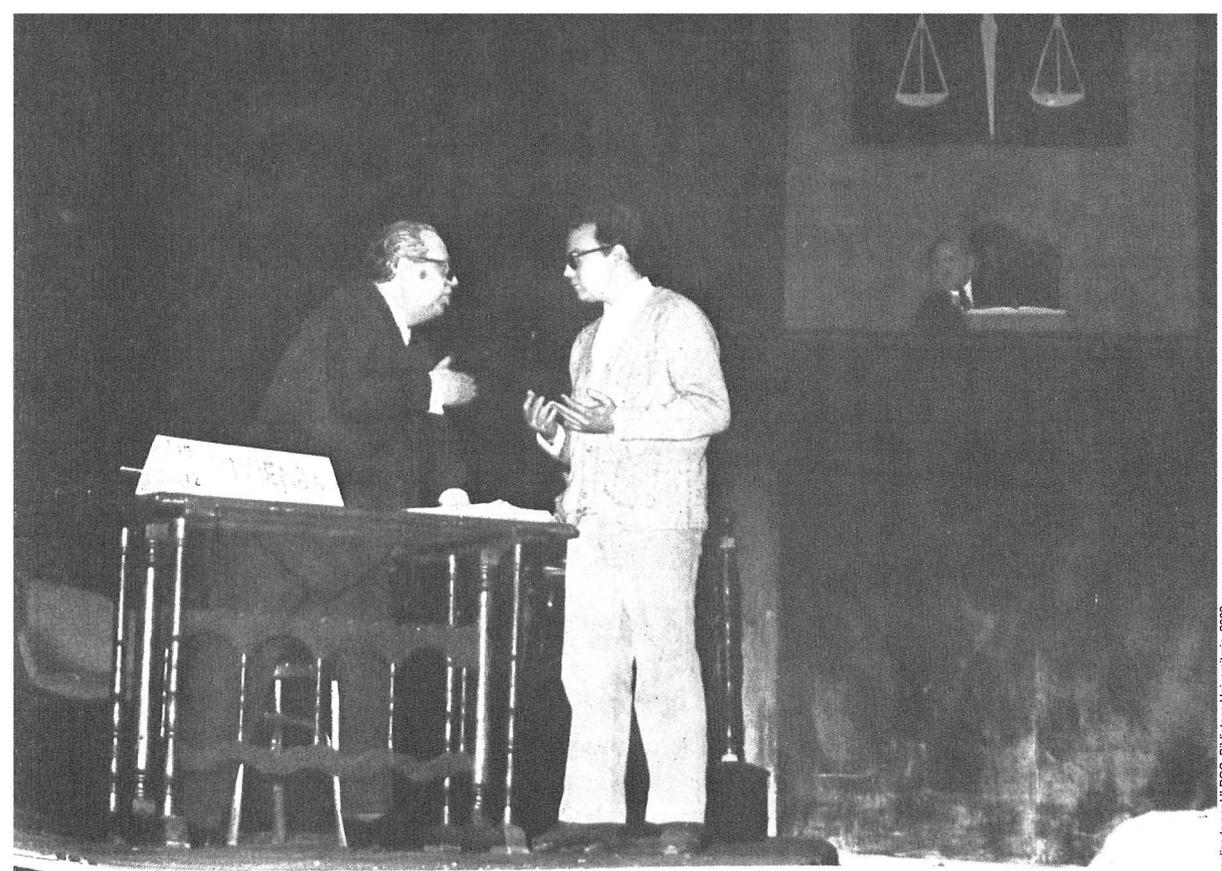
FISCAL. — Había dejado de ser un hombre... He terminado, Señoría.

JUEZ. — El testigo puede retirarse.

2.^a Voz. — ¡Demagogia! Pura demagogia. Este Proceso empieza a hartarme.

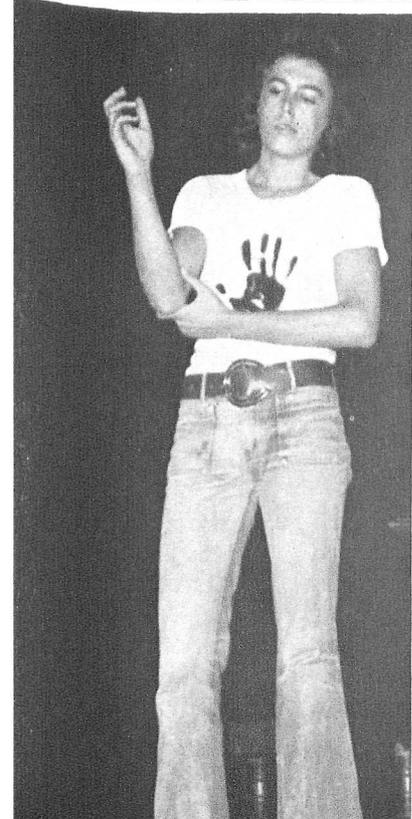
1.^a Voz. — (*Dirigiéndose al que ha hablado.*) ¿Cómo no le da vergüenza? Me consta que todo lo que ha dicho el obrero es verdad, y...

JUEZ. — Silencio.



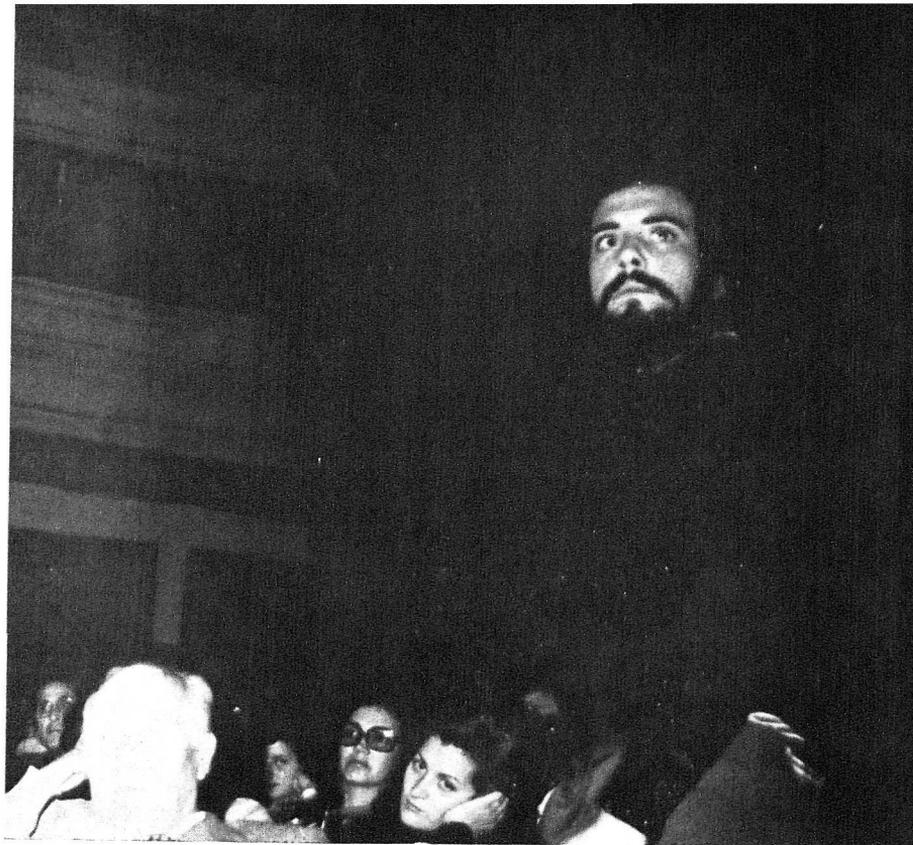
ESCENA 6.^a — Raimundo Gutiérrez, en el papel de “Funcionario”.

José González, en el papel de “Obrero”.

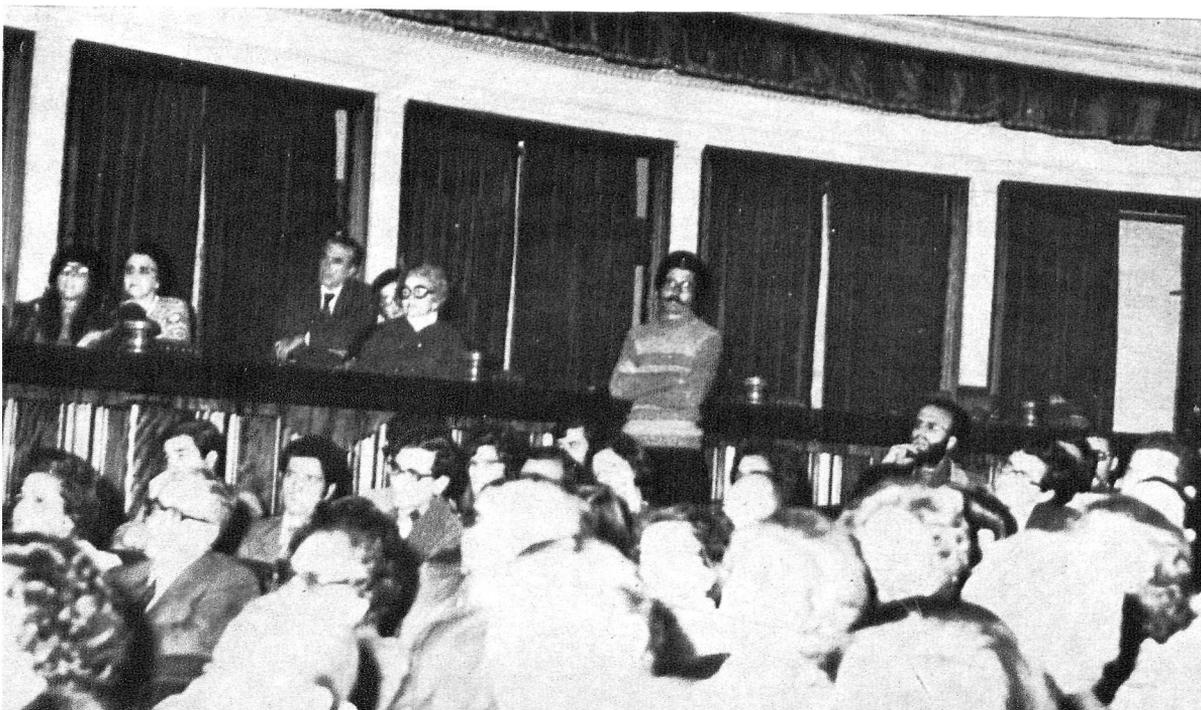


ESCENA 7.^a — Ervigio Díaz, en el papel de “Gam-berro”.

José Suárez,
en el papel
de "1.^a Voz".



Pepe Batista, en el papel de "2.^a Voz".



ESCENA SÉPTIMA

JUEZ. — Que pase el séptimo testigo de la acusación.

UJIER. — Testigo séptimo.

(Entra un muchacho de unos dieciocho años. Apariencia de gamberro, indiferente, insolente, amargado.)

2.^a Voz. — ¡Vaya! ¡Sólo faltaba éste! ¡Miren qué facha! ¡Cómo se atreve...?

JUEZ. — Silencio. Póngase de pie. Levante la mano derecha y preste juramento.

(El GAMBERRO levanta, con desgana, la mano izquierda.)

JUEZ. — Le he dicho la mano derecha.

(El GAMBERRO se mira la mano izquierda, levantada, la baja lentamente y levanta la derecha, con indiferencia a que sea una u otra.)

JUEZ. — ¿No conoce usted la fórmula?

(El GAMBERRO no contesta y se mantiene, con la mano izquierda, el brazo derecho levantado, como si lo tuviese cansado. El JUEZ, dirigiéndose al FISCAL.)

JUEZ. — Hágame usted repetir el juramento, por favor.

FISCAL. — Repita conmigo. *(El GAMBERRO va repitiendo, de mala gana.)* Juro por Dios todopoderoso... decir la Verdad... toda la Verdad... y nada más que la Verdad.

JUEZ. — Puede sentarse. El Ministerio Fiscal tiene la palabra.

FISCAL. — Con la venia. Vamos a ver, muchacho. Es usted el último de los testigos llamados a declarar por la acusación. Usted ha convivido hasta hoy, íntimamente, con el acusado. En ciertos aspectos, casi podríamos decir que se le confunde a usted con él y que algunas de las inculpaciones aquí citadas, (*Señalando los pliegos de cargo.*) le conciernen directamente. Le ruego, pues, que nos informe de cuanto sepa, explicando a los señores Jurados cómo es, a su criterio, el procesado, su amigo.

GAMBERRO. — ¿Amigo? (*Encogiéndose de hombros.*) ; Siempre grandes frases...! (*Gesto de asco, escupe; murmullos entre los asistentes.*)

FISCAL. — Joven, le prevengo que de no comportarse con el respeto debido a la Sala, puede usted caer bajo las sanciones de la Justicia.

GAMBERRO. — ¿La Justicia, ha dicho? (*Riendo con cinismo.*) [Pero ¿es que aún existe algo con ese nombre ridículo?]

(*Protestas en la Sala. El JUEZ golpea con el mazo.*)

2.^a Voz. — ; Insolente! Eso no puede tolerarse.

JUEZ. — Silencio. Silencio. Señores, les ruego que hagan caso omiso de las impertinencias del testigo. No es a él a quien estamos hoy juzgando y nos interesa sobremanera conocer la opinión de este muchacho. Quizá su misma actitud nos ayude a comprender al acusado. Por eso les ruego que, diga lo que diga el testigo, no se den por ofendidos ni le interrumpan en sus... “desahogos”. El Ministerio Fiscal puede continuar.

(*El GAMBERRO, como si no le hablasen, silba con aire insolente e irónico.*)

FISCAL. — Conteste, joven.

GAMBERRO. — (*Violento.*) ¿Y qué quieren que les diga? ¿Que el acusado es el peor de los criminales que el mundo ha conocido?

(*Con énfasis.*) ¿O quizá prefieran ustedes que les diga que es un pobre incomprendido, víctima de la herencia de sus mayores? ¿Saben qué les digo? ¡Mierda! No tengo ganas de hablar... [y me río de sus condenados procesos.]

FISCAL. — Dice usted que no tiene ganas de hablar. Sin embargo, piense que es una ocasión única que se le presenta para decir con entera libertad lo que piensa del acusado.

GAMBERRO. — Y a mí, ¿qué me importa el acusado?

FISCAL. — Quizá le importe si le digo que las acusaciones que pesan sobre él se identifican en parte con las que pesan sobre usted y de las que deberá responder en su día.

(*El GAMBERRO se encoge de hombros y mira con profundo desprecio a los magistrados y al público.*)

GAMBERRO. — Me dan asco sus acusaciones, me dan asco sus palabras. Me asquea el orgullo de todos ustedes. ¿Por qué no se acusan a sí mismos? ¿Por qué no se preguntan si el mundo que ustedes han amasado con sus sucias manos es habitable para nosotros?

FISCAL. — También nosotros hemos sido jóvenes, no lo olvide; también nosotros hemos conocido la edad de la rebeldía. Sin embargo...

GAMBERRO. — Ustedes no han tenido nunca nuestra edad. A ustedes no les robaron cuanto da sentido a la vida.

FISCAL. — Perdimos nuestra juventud en los campos de batalla, luchamos para conservar a nuestros hijos un mundo en el que pudiesen vivir con honor.

GAMBERRO. — ¡Honor! Ya salió el Honor. (*Con ironía y con desprecio.*)

FISCAL. — Sí. Ya sé que se ríen ustedes del Honor. ¿Sobre qué van a construir el mundo de mañana?

GAMBERRO. — ¿Construir? No pretendemos construir nada. Poco nos importa que el mundo reviente. Para lo que vale.

FISCAL. — Efectivamente, no les importa a ustedes destruir, y eso es a lo que se dedican con ardor “ejemplar”. Explique, explique a los Señores Jurados cuál ha sido, últimamente, una de las actividades favoritas del acusado, en las que toman parte usted y toda s ubanda.

GAMBERRO. — No creo que puedan comprenderlo. ¿Son ustedes capaces de imaginar el placer, la excitación de un acto vivido a la vez por diez, cien, mil compañeros? La excitación se multiplica por cada uno que se suma a la banda, y entonces sólo existe la fuerza, la violencia. Todo es rojo alrededor de uno: los rostros que se golpean, la sangre, el fuego. Se viola, se incendia, se destruye, hasta caer extenuados, hasta la completa aniquilación de cuanto nos rodea y de nuestras propias fuerzas.

FISCAL. — ¿Por qué este afán destructor?

GAMBERRO. — ¿Acaso hay algo que merezca vivir?

FISCAL. — ¿No tienen ustedes ninguna fe, ninguna esperanza?

GAMBERRO. — Sí, claro. Las que ustedes nos han dejado. ¿Verdad señor Juez? ; Como esperanza, la bomba atómica! Como fe... Hoy sabemos lo que valen los ideales con los que nuestros “papaítos” nos alimentaron, nos *indigestaron*. (*Hace gesto de vomitar.*) ; Ah, qué asco! Hemos visto en lo que se ha convertido vuestro Honor cuando la tripa reclamaba otra cosa ; hemos visto lo que ha sido de vuestros bellos sentimientos humanitarios cuando los hombres tenían otro color distinto. Sabemos lo que ha sido de la Libertad : Campos de concentración, exterminio, violencia..., “Tierra quemada” y “lavados de cerebro”. Ideal, ¿verdad, señor Juez? ; Y Dios? Otra porquería, *vuestro* Dios. Lo habéis hecho tan asqueroso como sois vosotros mismos. Os hemos visto comerciar con su nombre, disfrazar con él vuestras ambiciones, vuestras mezquindades, vuestro orgullo ; os hemos visto bendecir los bares donde se emborrachan nuestras hermanas, bendecir...

2.^a Voz. — ; Protesto, Señoría! No estamos dispuestos a seguir escuchando el lenguaje soez de este gamberro. Nunca se ha visto un testigo de un cinismo semejante. Le ruego, Señoría, que ataje tanta desvergüenza.

JUEZ. — Se admite la protesta y el ruego. ¿El Ministerio Fiscal tiene algo que añadir?

FISCAL. — He terminado, Señoría.

JUEZ. — Bien. Puede retirarse el testigo.

GAMBERRO. — (*Marchándose, se vuelve al público.*) Asquerosos hipócritas.

JUEZ. — El Ministerio Fiscal tiene la palabra.

EPILOGO

FISCAL. — (*Levántandose y saludando.*) Señoría, Señores del Jurado: el Testigo que acaban ustedes de escuchar es el último que presenta la acusación. Muchos otros podríamos presentar, pero ello alargaría innecesariamente esta sesión. Tampoco es necesario que añada cosa alguna a las tremendas palabras que han escuchado ustedes. Por eso doy por terminada la acusación, en la seguridad de que habrán ustedes valorado en todo su horror cuanto aquí se ha dicho y presenciado, y de que lo tendrán muy en cuenta en el momento de emitir el veredicto. (*Se sienta.*)

JUEZ. — Comienza la Defensa. Si alguien hubiese en la Sala que no pertenezca al Jurado, le ruego que salga. Saben ustedes que en este proceso todos estamos de un modo u otro implicados y no debe quedar nadie aquí que no se sienta responsable.

(*El actor 2.º Voz se levanta, haciendo ademán de marcharse.*)

JUEZ. — ¿No pertenecía usted al Jurado?

2.º Voz. — No; yo sólo he venido como espectador y no estoy para cargar con responsabilidades que no me atañen.

JUEZ. — En ese caso hace usted bien en marcharse. Hoy ya nada tienen que hacer aquí los espectadores. El acusado necesita hombres dispuestos a afrontar la Verdad y a comprometerse por la Justicia.

1.º Voz. — Somos muchos, hoy, los que estamos dispuestos a ello, Señor Juez.

2.º Voz. — Yo me marchó. Allá se las entiendan.

(Sale de la jia de butacas, yendo hacia la salida.)

JUEZ. — ¿Hay entre ustedes alguien que quiera asumir la defensa del acusado?

DEFENSOR. — (*Levantándose desde el público.*) Yo, Señoría.

2.^a VOZ. — (*Volviéndose, ya próximo a la salida, con indignación.*) ¡Cómo! ¿Se atreve usted a defenderlo? ¡Prefiero no oírle! ¡Es indignante! (*Salc.*)

JUEZ. — ¡Silencio! (*Al DEFENSOR.*) ¿Quién es usted?

DEFENSOR. — Un hombre, un hombre cualquiera.

JUEZ. — ¿No es usted abogado?

DEFENSOR. — No, Señoría. Confieso que desconozco el Código, pero amo a mis semejantes y creo conocerlos. Por eso me atrevo a hablar en defensa del acusado.

FISCAL. — (*Levantándose, violento.*) ¡Señoría! Un hombre que desconoce el Código no puede hacerse cargo de defensa tan importante.

JUEZ. — Me permito recordar a mi vez al Ministerio Fiscal lo insólito de este Proceso. No se trata aquí de aplicar unas leyes, sino de juzgar una conducta. Para ello nos parece suficiente el amar y comprender al Ser Humano. Aceptamos la defensa. (*El FISCAL hace una leve inclinación y se sienta.*)

DEFENSOR. — Gracias, Señoría. (*Sube al escenario y sin ningún gesto protocolario, sencillamente, comienza.*) En realidad, no pretendo hacer una defensa del Siglo XX. Los crímenes que se le imputan son ciertos y no tienen justificación posible. Podría presentar, en contrapartida, el testimonio de hombres que, cada vez en mayor número, se entregan todos los días al bien de la Humanidad; de hombres cuya sola existencia honra la época en que viven. Quizá su testimonio pesase tanto, para ustedes, como los que acabamos de escuchar. Sin embargo, no creo que esto fuese justo. Para mí, nunca las virtudes de un acusado, por muy nobles que sean, podrán excusar sus crímenes. Es en éstos que es preciso ahondar para tratar de comprender. Todas las épocas tienen un

nexo común, un ideal o unas fuerzas que impulsan la vida y las acciones de los hombres. Es en este nexo común que debemos buscar el valor de una época y la explicación tanto de sus virtudes como de sus crímenes. Hay tiempos anodinos, tiempos de frivolidad en los que el Bien y el Mal tienen el mismo sabor insípido, y los hay, en cambio, como nuestro Siglo XX, en que los hombres anhelan alcanzar los límites de sus posibilidades y de sus sueños, épocas en las que, para el Bien y para el Mal, los hombres actúan con una aguda conciencia de lo que quieren. Yo creo que en esta actitud esencialmente seria y dramática que ha tomado el acusado una vez pasada su primera juventud, reside la mayor esperanza y, con ella, su auténtica defensa. El impulso que mueve hoy al acusado es la pasión —ese algo maravilloso que sólo el Hombre posee—; pasión de Autenticidad, de Verdad, de Felicidad, de Justicia. Pero pasión que, por desviarse de su cauce *íntegramente* humano desembocó en lo contrario de lo que buscó. El hombre no es una pasión inútil, como se ha dicho, sino una pasión creadora. Pero el Hombre *en toda* su dimensión, proyectado en el Tiempo y en la Eternidad, en la Historia y en la Trascendencia. Si su pasión se imanta en una sola de estas dimensiones, el ser humano, mutilado, se convierte en un ser monstruoso. El acusado ha traicionado a menudo su vocación de eternidad, y su anhelo apasionado se ha visto no sólo defraudado, sino trágicamente prostituido. Hoy ese monstruo soñador de absolutos que es el Siglo XX está pidiendo a gritos un ideal a la medida de su pasión: lo está pidiendo con toda la fuerza de sus errores, de sus aberraciones, de sus crueldades, de su miedo. Lo está pidiendo por la boca de cuantos aquí hemos escuchado, pero sobre todo por la del último testigo de cargo, ese muchacho amargado e insolente, que no ha cesado de escupirnos al rostro su inmensa desilusión. Porque *todo* lo esperó, está hoy desesperado. No cree ya en nada porque hemos matado su fe. ¿Serían ustedes capaces de condenarlo? ¿No somos todos en parte responsables de su incredulidad y de su desesperanza? Somos nosotros, cada uno de nosotros, que hemos creado ese monstruo, con nuestros egoísmos y nuestras hipocresías. Ese monstruo, Señores, por el cual yo siento una inmensa piedad, y una gran vergüenza. ¿No quedará en nosotros una noble pasión que le devuelva su fe? ¿Un ideal capaz de encender la esperanza en esta amarga juventud? Pero

es que el acusado es exigente, señores, terriblemente exigente. Hasta ahora parecía que el Hombre podía impunemente violar la Ley moral, podía renunciar a sus deberes y hasta perder su alma, sin que por ello se resintiese la marcha del mundo. Hoy, que sentimos imperiosamente la llamada de la Unidad, sabemos cuán ligada está la Ley moral al porvenir del mundo. El ser físico desaparecerá de la tierra si el ser espiritual no le guía. El Tiempo del Hombre va a terminar si no vivimos en función de la Eternidad. Yo creo, señores, que si todos ayudamos al acusado a ser fiel a su vocación de absoluto, el Siglo XX puede, no sólo salvarse, sino llegar a ser el más grande de todos los tiempos. He terminado, Señoría.

JUEZ. — Gracias. Creo, señores, que éste es el sentir de la mayoría. También es el nuestro. Además, no habiendo alcanzado, el acusado, la edad legal de cien años, consideramos que se le debe dar todavía una oportunidad. Por lo tanto, se le concede libertad provisional y vigilada de la que todos ustedes serán responsables. Las últimas palabras del Defensor dejan la puerta anchamente abierta a la esperanza. Invitamos al Acusado, y con él a cada uno de ustedes, a salir por ella de esta Sala, entrando en un mundo nuevo, y le emplazamos, para su Juicio definitivo, hasta el momento en que el Siglo XX llegue a su pleno y total desarrollo.

(Da unos golpes con el mazo en la mesa.)

JUEZ. — Se levanta la sesión.

(Recoge sus papeles e inicia la salida. No cae el telón.)

F I N

Cada una de las escenas que en mi *Proceso al siglo XX* representan los testigos de cargo, han sido estudiadas con arreglo a escritos y documentos de la época, y muchas de las frases que se ponen en boca de los personajes están textualmente tomadas de aquéllos. Citaré sólo algunos, como son, para la escena 1.ª: escritos de Hegel, Nietzsche, Marx, Lenin, Sorel... etcétera. Para la escena 3.ª: documentos y diarios de Hitler, Himmler, Goering, etcétera. Para la escena 4.ª: escritos de Martin Luther King. Para la escena 5.ª me he documentado en *Los reflejos condicionados*, de Paulov, y en el proceso del cardenal Midzensty.

Otras obras de la autora:

"EPOCAS Y HOMBRES" (Ensayo), Editorial Ariel, 1950.

"JIRONES" (inédito).

"ALGUIEN DICE «NO»" (Teatro). Se hizo una lectura expresiva de esta obra en el Ateneo de Madrid, el 28 de enero de 1966, por el Grupo Dramático Experimental "Karma", bajo la dirección de José Luis Yzaguirre. Hizo la presentación don Modesto Higuera, entonces director del Aula de Teatro del Ateneo de Madrid y del Teatro Nacional de Cámara y Ensayo.

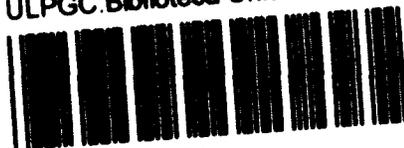
"EL TREN" (Teatro).

"UN REFUGIO EN LA FRONTERA" (Teatro).

M.ª Teresa Prats de Laplace, colaboradora de la prensa local y de *La Vanguardia*, de Barcelona, fundó la revista literaria *Mujeres en la Isla*, que dirigió durante años.

teraven-
intentes
iver-

ULPGC. Biblioteca Universitaria



+791939*

BIG 860-2 PRA pro

